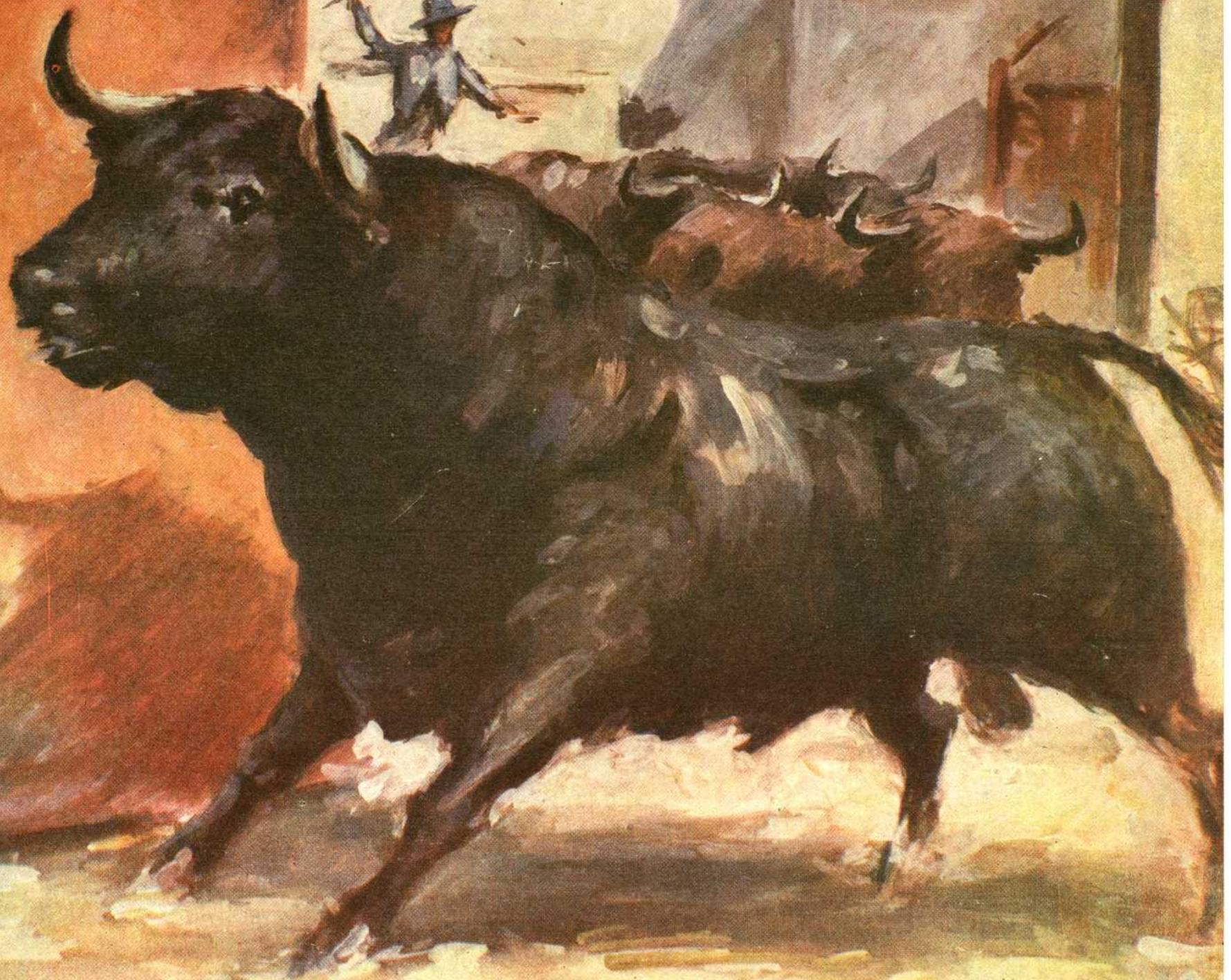
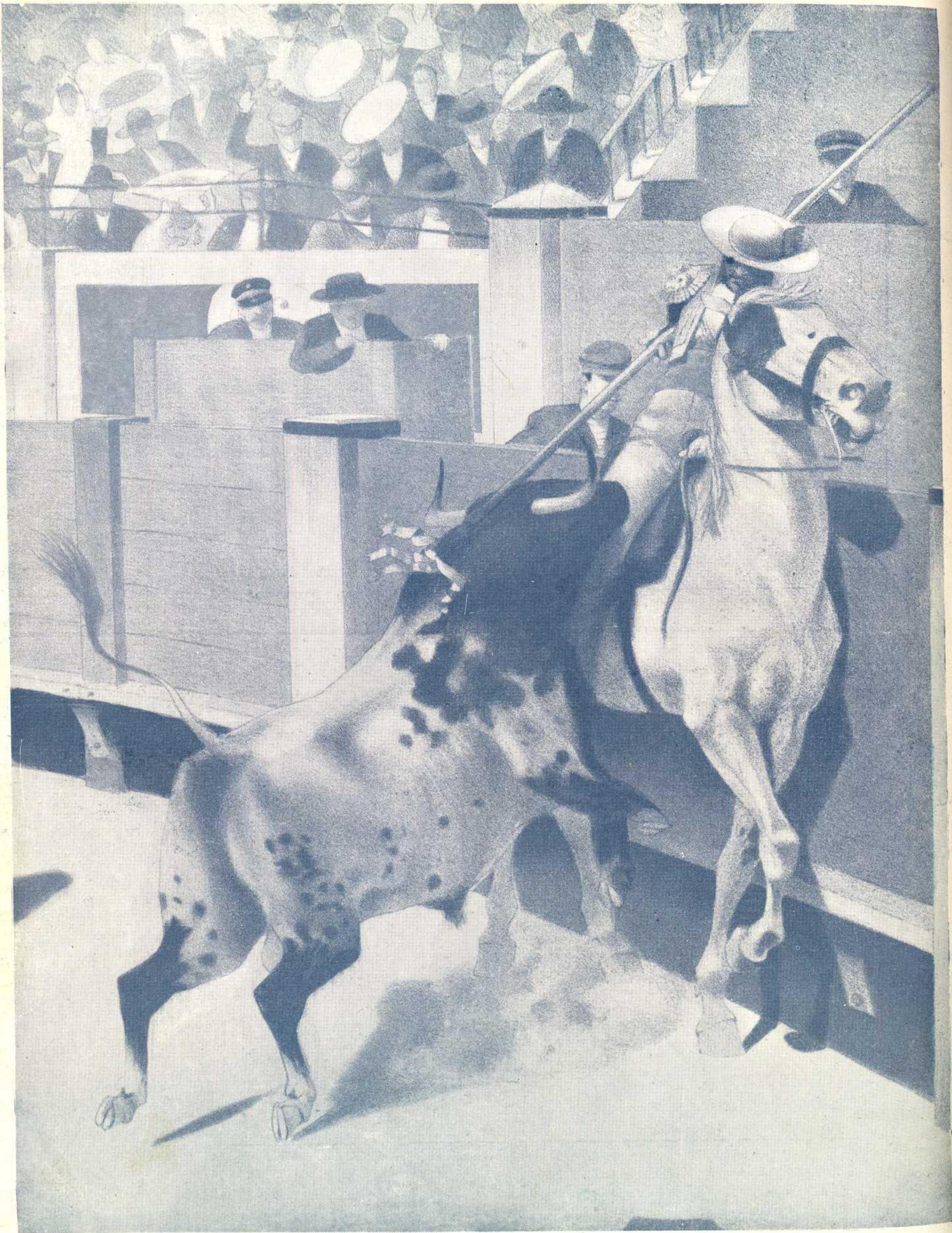


El Ruedo



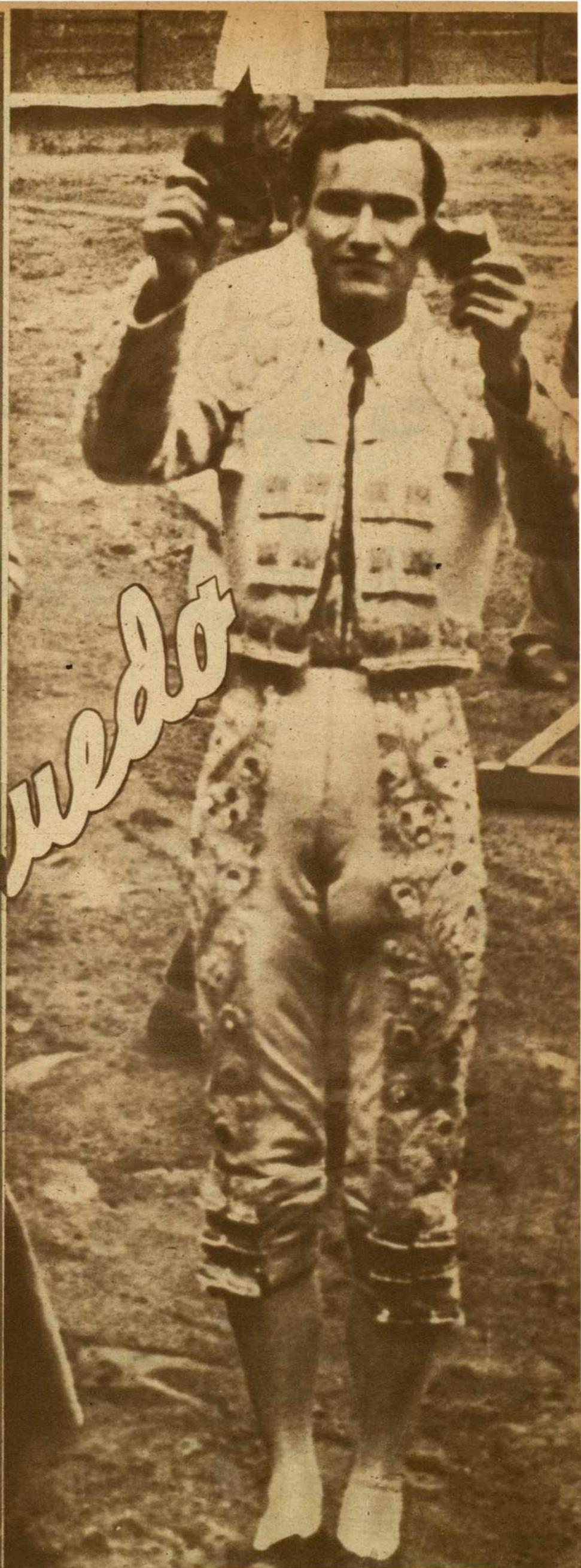
1⁵⁰
PES

JAAVEDRA



Un marrajo

(Dibujo de Perca)



El Pinedo

Ortega después de su triunfo recibe las aclamaciones del público el domingo en Barcelona

Arruza saluda al público con los trofeos de su gran tarde el domingo en Barcelona

(Foto Valle)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

Por ANTONIO CASERO



Un piquero sale a los medios para colocar una vara: Ese es el sitio de los buenos banderilleros...



Un desplante de Gitanillo Chico en el quinto toro

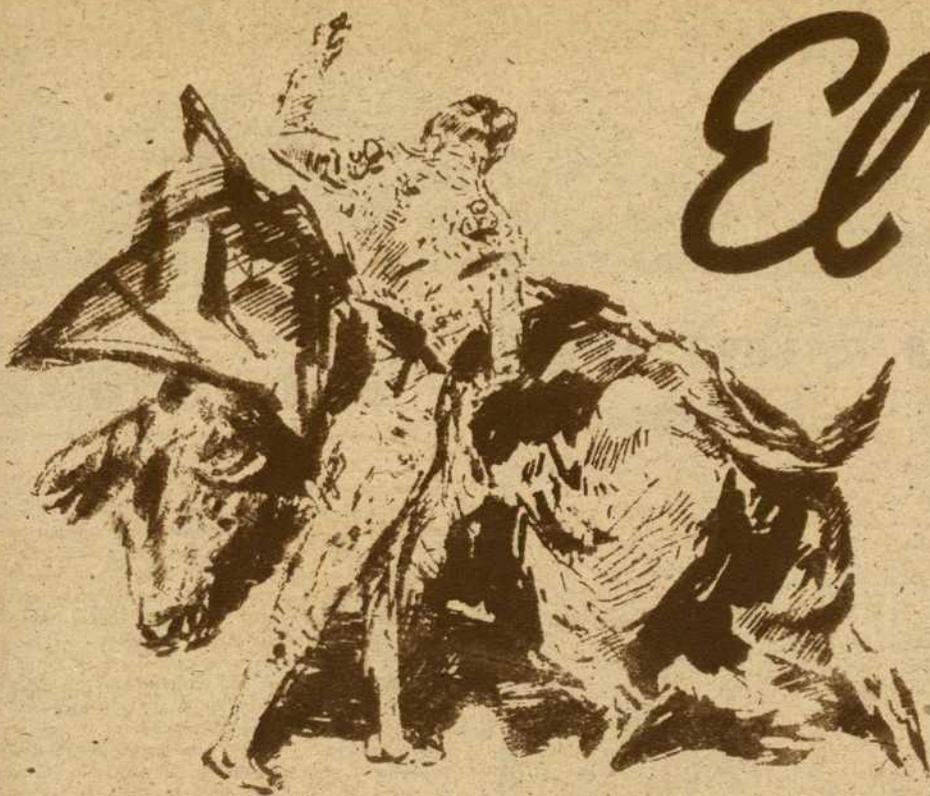


Un ayudador por alto de Juan Martínez en su primer toro y...



Dos momentos del debutante Robredo en su primer toro, del que cortó la oreja

ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año I Madrid, 1 de agosto de 1944 Núm. 8

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



SE acabó, señores, la feria valenciana, y ya han visto ustedes con qué dramas y qué triunfos. Entramos en agosto — hoy precisamente — con el ánimo dispuesto — los de Madrid, al menos — a soportar programas que, a no ser por miedo a herir la modestia de muchos de los diestros que han de venir, calificaría de injuriantes.

Cualquiera de las Empresas que organizan espectáculos taurinos en las provincias españolas, en una lucha denodada con el aforo de sus Plazas y la evidente carestía de toros y toreros, se daría con un canto en los dientes por operar sobre un público tan aficionado y conse-

cuenta como el madrileño; pero la de la Plaza de las Ventas se obstina en olvidar este detalle, que nadie mejor que ella conoce, y nos coloca, al trágala, esos cartelitos de moruchos (son moruchos, además de los toros de ganaderos insolventes, los de ganaderías acreditadas seleccionados a la inversa, como absolutamente inadecuados para la lidia, rebasando el reglamentario concepto de defectuosos y desechos de tienta y cerrado) y de diestros que acaso un día lo sean, pero que exactamente en el momento de presentarse en Madrid pueden ser cualquiera cosa menos diestros.

Aparte mi juicio personal, advierto de oído en estos espectáculos — que son una escarnio en la primera Plaza de toros — que debe de haber una *claque*, habitualmente repartida, que estalla en exclamaciones como éstas: "Señores, ¿qué tiene ese toro? ¿Que es mogón? ¿Que es tuerto? ¿Que es cojo?... ¿Pero es que no hemos venido a conciencia de que eran novillos-toros defectuosos?" Bueno, aquí la frasecita estereotipada y reglamentaria.

Si es de los diestros (?) de quien se habla, por si no eran los anunciados o por si se trataba de un acreditado becerrista o de un triunfador en nocturnas, exclaman los sesudos espectadores de marras: "Pero, bueno, ¿no rezaba así el cartel? ¿Es que esta gente (esta gente somos los demás) no ha leído el aviso? ¿No está bien claramente dicho que a quien no esté conforme con las sustituciones se le devolverá su dinero?"

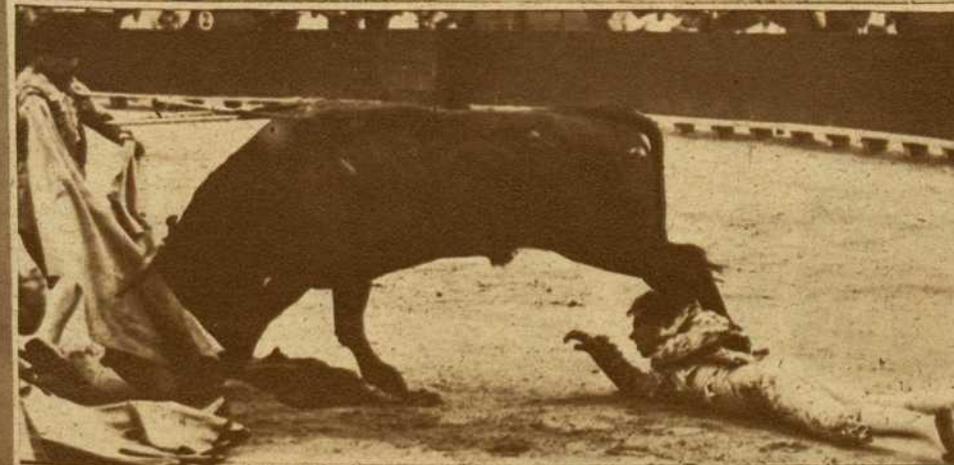
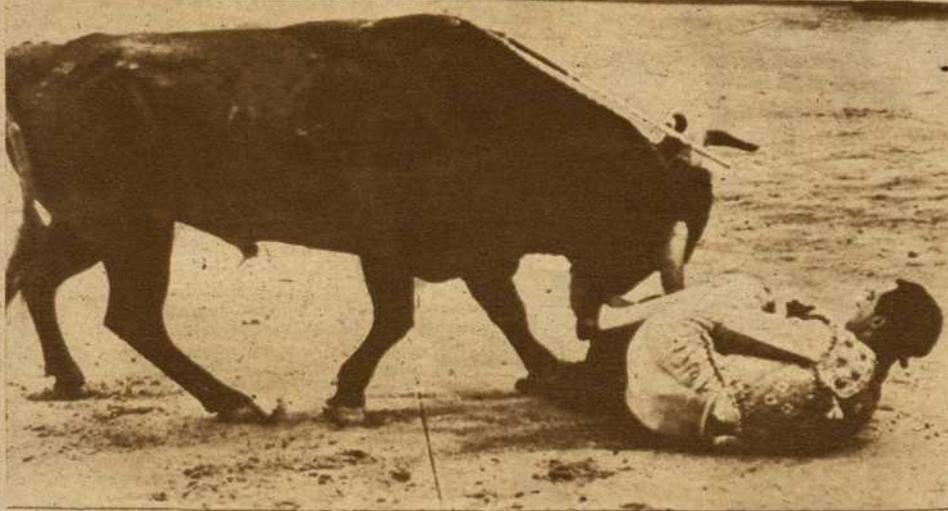
Y "los demás", ante la facundia oratoria del vecino, tragamos silenciosos el paquete hasta la otra moruchada, esas moruchadas que una a una veremos durante este mes y parte del siguiente, si Dios nos da vida y paciencia.

Entre tanto, aquellos denodados empresarios de que hablé más arriba, en lucha con aforos y carestías, han organizado para este agosto más de medio centenar de espectáculos, que ofrecen, por toros y toreros, las mayores garantías de diversión.

Los nombres de Manolete, Ortega, el Estudiante, los Bienvenida, los Dominguín, Pepe Luis Vázquez, el Andalúz, etc., se barajan con los de toros de Santa Coloma, Villamarta, Concha y Sierra, Antonio Pérez, Miura, Domecq, Atanasio Fernández..., y etcétera también. Y salpicando los mejores carteles, entre los buenos carteles, don Alvaro Domecq, triunfador en todos los ruedos como torero a caballo de las jacas mejor domadas.

Nosotros, para ver cosas semejantes dos o tres veces, tendremos que esperar las corridas benéficas que puedan celebrarse en septiembre y octubre.

Tres momentos de la cogida de El Estudiante el domingo en Valencia, de la que el diestro madrileño resultó afortunadamente ileso (Fotos Vidal.)



La corrida del domingo en MADRID



Seis novillos de doña Enriqueta de la Cova para Gitanillo Chico, Juanito Martínez y Pedro Robredo

Carta a unos veraneantes

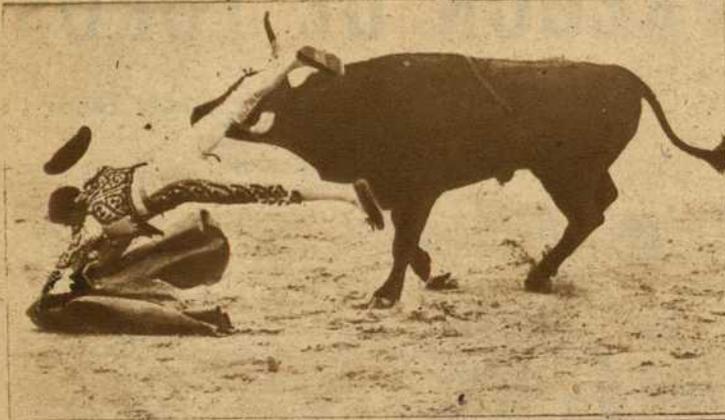
«Queridos amigos: Recibi la vuestra con dobla envidia. La envidia de la temperatura no es floja, pero cede a la medida de la envidia taurina. Andaréis por San Sebastián, por Bilbao, por Gijón, por Santander. Vais a presentar combinaciones y carteles que desde tiempo inmemorial—¿desde cuándo funciona esta Empresa nuestra?—están negadas en Madrid. ¿Para qué hablar de ello? Ya habréis visto que hemos dado en época del buen toro, y os daréis fácil cuenta de lo que se daría en la época del medio toro canicular. Lo claro es que la Empresa mantiene el suyo con brío. No es que su mediocridad se reduce a los festejos de gran medida, y que, en cambio, ande acordada y en sitio ante la novillería andante. Que fracasaba en las corridas y se mantenía en las novilladas. Pues, no, amigos míos, todo va en relación. A corridas francamente pueblerinas, novilladas de plaza de tañuqueras. Y así será, si Dios no lo remedia.

La Plaza ofrece un aspecto extraño. Los quince o veinte aficionados de temporada que asomamos por ella no tenemos caras conocidas que asimos, esas caras que vemos en el tedio o en la alegría de la Plaza. Casi todos han desertado. Y los revisteros se han marchado al circo rodante de las ferias, y sólo quedo yo de los titulares. (Ya recordadís lo que, con escándalo, dije este invierno pasado sobre ello.) Ayer, rodeados de «tius», o para decirlo a lo taurino, de «guitarristas», sólo la noble apertura del general Millán Astray, la cara conocida del presidente, y hasta las voces del siete, me hacen creerme en la Plaza madrileña. Manzano, a un lado, y yo, como naufragos, aguantamos lo que nos van echando, con el tedio en el alma y las agujetas en las aseniderías.

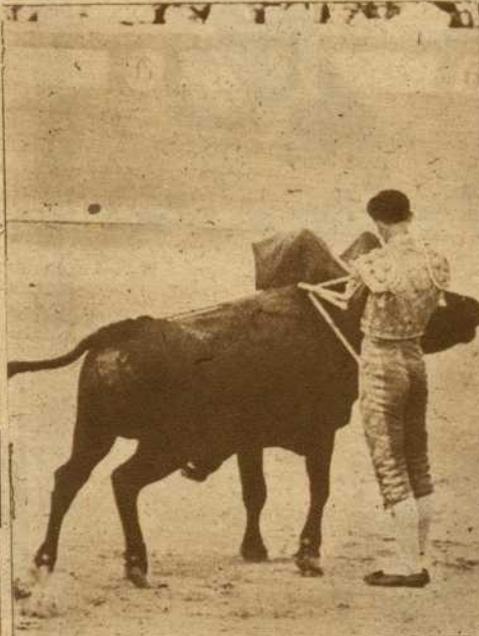
Ahora las novilladas tienen perfiles inefables. Se anuncian tarde, y jamás, si por casualidad, hacen el paseillo los anunciados. Les sustituye cualquiera, uno o dos por terna, que llegan en camiones de fruta o que casan a lazo en la esquina de Fernos. Hay unos debutantes extraordinarios, con fachas inverosímiles y de nombre desconocido. Visten trajes no ya ajados, sino que empiezan a no ser de torero. Lo mismo que los peones, ni brillan el oro ni la plata, sino espantosos ternos negros o blancos. Hay una peonada, especializada en veranos, que remeda bien la lidia, salvo que en lugar de un capotazo suelen dar tres. La unidad, capote en mano, son los tres capotazos. Si hacen falta cuatro para recortar de salida, sueltan doce. Si cinco para humillar en descabello... bueno, entonces son ciento veintidós, porque es tasa especial. Y lo curioso es que, salvo un exceso de oficio, no son malos del todo, aunque, efavado una buena par, el segundo suele ser fatal... si llega a par. Y los picadores, quizá más inverificables, andan por el mismo compás. Y no hablem de los puntilleros.

Suceden cosas que no creeríais. El ganado suele reservar sorpresas maravillosas. De domingo a martes se para de unos microbios a una rebuasca de toros derrengados. Ayer salieron buenos bichos de doña Enriqueta de la Cova, dignos de mejor suerte torera, porque estuvieron justos de lámina y con nervio y bravura más que suficiente para llevar de cabeza y ahogar casi siempre a los espadas que ayer actuaron, y que, menos mal, estaban anunciados dos en cartel. Salió Gitanillo Chico, valentón en el que abrió plaza, y en cuya muerte escuchó aplausos, pero que desperdició al cuarto, al que se empeñó en no dejar pasar, y a un quinto bravo, noble e imperdonablemente ido en una faena que comenzó bien y acabó mal y sin reposo ni tono. Y tras de torear con capa y muleta descomunales de grandes, mató mal a los dos últimos. Juan Martínez estuvo valiente, recibió un patotazo en la boca y mató sólo el segundo. Le hizo faena atropellada a ratos en los naturales y con compostura sobre la derecha, con unas manoleteas tan vertiginosas como las películas de Max Linder. El debutante Robredo cortó una oreja y dió la vuelta al ruedo en el tercero, que muleteó bien, aguantó con impasibilidad y mató fulminantemente. Pero ¿por qué no suelta los brazos ese muchacho? Porque con el capote, y en la faena del sexto, movidilla y tal, le hubiese venido bien. Gitanillo, Martínez y Robredo. Ya veis entre cuáles andamos. ¿Me decís que en Gijón, en San Sebastián, v'n Ortega, Manolete y Pepe Luis Vázquez? No, imposible. No me gastéis bromas. Andaréis peor que nosotros, que para eso estamos en la Plaza de Madrid, cuyos carteles tienen la fascinación de lo desconocido. Ayer, abierta la puerta de cuadrillas, apareció un capallista incógnito, que hizo unos numeritos y se marchó. Creo que la Empresa ya mete todo lo que sale, y voy a recomendarle un amigo que hace juegos de manos. Por lo visto basta con presentarse cinco minutos antes de la corrida y sale uno como sea, porque entonces y sólo entonces se sabe el cartel y la que habrá en la Plaza. Envidia, queridos amigos, a quien tan divertida queda.

EL CACHETERO



Caída, sin consecuencias, de Gitanillo Chico, por el segundo novillo



Pedro Robredo en un ayudado por alto al tercero



Vicente Vega toreado al natural al quinto bicho



Robredo dando la vuelta al ruedo. Después de cortar la oreja del tercero



Un derechazo de Juan Martínez al segundo



Un muletazo con la derecha del bilbaíno en su primer novillo (Fotos Baldomero.)

Fotogramas del domingo en Madrid



Serafín Virgiola, Torquito, habla, antes de la corrida, con Pedro Robredo



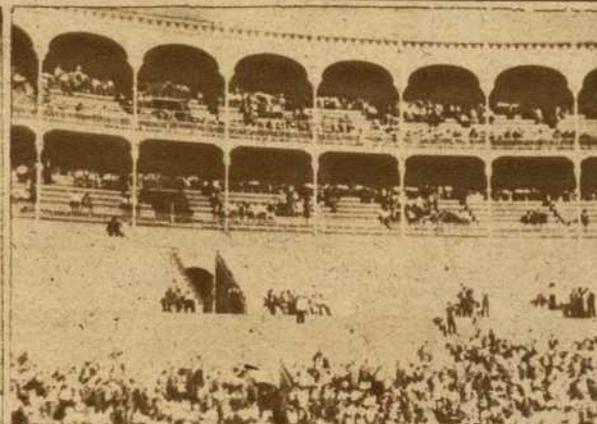
Vicente Vega escucha los consejos de un abonado del tendido 3



Parece que Juan Martínez presiente la cogida que sufrirá en el segundo



El cartel no interesó al público madrileño, y las localidades de sol estuvieron casi vacías



A poca expectación y mucho calor, pocos espectadores en "la solana"

Después de la corrida Hablan los toreros



Vicente Vega

GITANILLO

Vicente tuvo un rasgo de hombría torera que seguramente trascendió a muy contados espectadores. Los que presenciaron el palotazo que le infirió el primero de los astados y verle después quitarse de en medio a otros dos más, posiblemente no dieron importancia al percance sufrido. Ahora bien, la cosa cambia si se tiene presente que la lesión vino a producirse en el mismo lugar donde no ha más de cinco días recibiera un puntazo corrido torcando en la plaza con guense.

Cuando nosotros llegamos al domicilio de su tío Rafael Vega de los Reyes, a la sazón en Lisboa, donde toreaba esta misma tarde, un grupo de amigos entre los que distinguimos a Antonio Caro rodeaban la cama del lesionado.

—¿Cómo se explica usted el accidente?—le preguntamos.
—Fue una cosa tonta, porque el bicho era bueno, aunque no muy sobrado de fuerza. Al quedarme quieto en uno de los lances me entrampillé y menos mal que lo hizo con el pitón mógón, que si no me da el disgusto...

—¿Qué le parecieron los otros dos que despachó?
—El cuarto, el descarado de cornamenta, qué quiere usted que le diga? Pues que no me gustó una higa. En cambio, al siguiente debí cortarle una oreja y así me lo propuse al empezar la faena. Luego, por esas cosas raras que nos pasan a los toreros, unido a los dolores de la pierna, los buenos propósitos se quedaron sin cuajar en las realidades deseadas. Y por si fuera poco, mi desgracia al descabellar disgustó a los aficionados y a mí también.

El menor de esta dinastía cañí empezó a lamentarse de su mala estrella, pues lo que hoy le ocurrió bien pudiera impedir su actuación en Barcelona la semana próxima.

MARTINEZ

Cuando llegamos a la Cabecera del Rastro, sitio del domicilio de un amigo del torero elegido para realizar ese importante cometido, cuál es el vestirse el traje de caireles, Juan montaba en un taxi camino de su casa.

Podimos comprobar rapidísimamente los destrozos

causados en la boca por el bicho de doña Enriqueta y la fuerte inflamación que le motivaba principio de ahogo, al impedirle la normal respiración.

En estas condiciones no pretendimos molestar al herido, buscando en su defecto a su apoderado, don José Bernal, para que nos facilitara un ligero comentario.

—El único novillo que mató mi representado acusó la clásica casta andaluza, y a mí me pareció bueno, aunque inferior al que le corría en el segundo lugar y que no pudo despachar.

Juan quiso volver al ruedo, pero los facultativos estimaron oportuno impedirselo, habida cuenta la importancia de los destrozos causados por el pitón y la hemorragia subsiguiente. Tanto él como yo confiamos se halle en condiciones de reanudar su campaña el 10 de agosto en Barcelona, donde tiene firmada una corrida alternando con Montañá y Manolo Cortés.



Pedro Robredo

ROBREDO

Robredo se expresó así:
—He salido disgustado, pues mis propósitos al hacer el paseíllo sólo se cumplieron a medias.

Torquito, interrumpe:
—Y si no lo hiciste fue no porque el toro tuviera nervio y tirase cornadas arriba, sino por dejarte llevar de la cuadrilla, que entendieron que tales defectos eran poco menos que insuperables. Estuvieran o no en lo cierto, por muy debutante que fueras, no debieras haber hecho otra cosa que darle al toro la lidia que precisaba.

Y luego, por lo bajo, nos apunta:
—Esa lidia la sabe hacer, y sin pasión de padrino les aseguro que este muchacho sabe estar mucho mejor que lo que le vimos. Por ello yo le acentué mis exigencias. Lo que le ha pasado esta tarde es un achaque disculpable a la novatada, pero se debe ser cabeza de cuadrilla con todas las consecuencias.



Juan Martínez

BANDERILLAS DE FUEGO

Por ALFREDO MARQUERIE



"¡Para el asiento, que está que arde!", es el nuevo pregón que, a causa del calor, han inventado los alquiladores de almohadillas.

Los que van poco a las corridas buscan el número de la puerta de entrada a su tendido como si fuera un premio de la ruleta.

Un banderillero refresca sus fauces

El sol está casi vacío. Sólo en el siete se agrupan los espectadores, como si quisieran no dejar solo al enronquecido "Merienda".

Estos novilleros tienen unos nombres... La erre de Robredo es una letra de pronunciación difícil, que todo el mundo cambia por una e. Y Juanito Martínez se llama igual que una larga serie de amigos nuestros. Lo que nos obliga a estar inquisidores toda la corrida. Porque siempre creemos que es "el otro Juan Martínez", el que está allí.



Dos "viejos" aficionados

Gitanillo Chico tiene cara de modelo de imaginero, rostro de talla antiquísima. Y una lívida mirada de agonizante que pone pavor en el público cada vez que el torero mira a lo alto.

Por si fuera poco, Gitanillo se pasa la tarde imitando toda clase de cojeras: con el pie derecho, con el izquierdo, cojera de zancada larga o corta y de saltito, cojera ceremoniosa... Un verdadero muestrario. Y se lleva la mano a las cicatrices de sus cogidas con patético ademán de dolor.

Martínez emplea un estoque de palo y se le rompe. "¿En qué juguetería lo has comprado?", dice el gracioso de turno.



Agua para el matador (Fotos Manzano.)

El novillo le parte la boca a Martínez, que empieza a sangrar como los boxeadores. Dan ganas de decir: ¡A ver esos segundos, que arrojen ya la esponja!

Después, cuando dan a Robredo "el peludo galardón" recnaza el agua que le ofrece el momento de estoques, y todos creemos que se va a beber la oreja, porque la coje como si fuera un vaso. ¡Claro, la falta de costumbre!

VUELVEN LOS TOREROS MEJICANOS



ARMILLITA

Ocho años de ausencia de los ruedos de España. Ocho años en los que la noble competencia artística que los toreros de allende los mares mantenían con los nuestros durmió un sueño que los aficionados iban ya encontrando «demasiado largo». La sabiduría de Armillita y la emoción de estilo de Garza y El Soldado, eran cosas que se recordaban en las peñas y reuniones taurófilas con nostalgia cada día más acentuada. Pero pasaron esos años, la cordura abrió sus cauces y nuevamente Armillita, el Joselito mejicano nos deleitará con su arte y su dominio, por todos reconocido. No así Garza, que en pleno triunfo abandonó la profesión, donde tantos éxitos y dinero cosechó. Queda El Soldado, compañero de Garza en tardes de triunfo, y nuevamente pisará los ruedos en que su gallardía y arte dejó una estela de admiración. ¿Quién no recuerda la pareja Garza-El Soldado, la de los éxitos apoteósicos? ¿Quién olvidó aquella competencia sin igual, que nació en la plaza madrileña en una novillada canicular y que después embriagó a España entera? Los demás toreros mejicanos que en el año 1936 embarcaron en puertos españoles con rumbo a su país se doblegaron a la acción del tiempo, cuando no a las exigencias de aquellos aficionados que reclamaban cosas nuevas, emociones fuertes. Y así fueron desapareciendo uno tras otro los que no contaron con bagaje de arte y valor suficiente para resistir la dura prueba. Dura en verdad, porque en el firmamento taurino de Méjico había surgido un torero de estilo majestuoso, cumbre, cuya personalidad se impuso borrando nombre tras nombre, hasta dejar en cuadro a la torería. Y ese monstruo del toreo mejicano se llama Silverio Pérez. Impuso normas en el toreo y condiciones a las Empresas. Los públicos se

rendían a su arte y le seguían como a un ídolo.

ARMILLITA, EL SOLDADO y SILVERIO PEREZ por orden de antigüedad en la profesión formaron el trío de «ases» de la baraja mejicana, mientras GARZA, el otro «as» ya retirado, se dedicaba a crear y cuidar su ganadería.

Otros toreros surgieron después, como Carlos Arruza, Luis Procuna, Juan Estrada, Luis Briones, Andrés Blando, esperanzas unos y realidades otros y todos como promesas en un mañana no lejano de poder ocupar el sitio que los «ases» de hoy vayan dejando vacante.

Se asegura que Luis Castro-El Soldado, llegará en breve a España. Armillita y el fenómeno Silverio se presentarán en la temporada próxima. Nuevamente habrá emulación, y la fiesta inyectada de savia nueva marchará por derroteros triunfales, imponiendo en los dos continentes su lema de arte y valor. Y la afición, ganando.



EL SOLDADO



SILVERIO PEREZ

El Ruedo



ANTONIO CASERO

En la segunda de feria de Tudela

cortó orejas Julián MARIN



Julián Marin

TUDELA 30 (Mencheta).—Se celebró la segunda corrida de feria con lleno completo, lidiándose seis toros de la ganadería de la marquesa de Figueroa (antes duque de Iruar), por Gallito, Escudero y Julián Marin.

Primero. Gallito lancea y logra alguna buena verónica. Cuatro puyazos y dos pares de rehiletes. Gallito comienza su faena adornado, sonando las palmas y la música en su honor. Sigue con algunos desplantes y mata de un pinchazo, sin soltar, y una buena estocada. (Palmas.)

Segundo. Manso. Escudero lo recibe con una serie de verónicas. Entra cinco veces a los caballos, por obra de Escudero, logrando los piqueros tres varas. Tres pares de banderillas. Escudero hace una faena inteligente, luchando con el bicho, que está quedado, y mata

de un pinchazo y una entera. (Ovación, saludos y pitos al toro.)

Tercero. De gran presencia. Julián Marin lo recibe con varias verónicas, entre ovaciones. Tres puyazos y dos buenos pares. Marin logra una gran faena, con profusión de adornos, matando de tres pinchazos y media estocada. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Cuarto. Gallito veroniqua y se luce en quites. Tres varas y dos pares. Gallito lo trastea, valiente, y lo mata de un pinchazo y media estocada.

Quinto. Nada notable en el primer tercio, recibiendo el toro excesivo castigo. Escudero lo banderillea magistralmente y se le ova-

ción. Su faena no pudo ser lucida, debido a las condiciones del toro, y consiguió matarlo con brevedad. (Pitos al todo en el arrastre.)

Sexto. Marin es aplaudido en lances. Dos varas, cambiándose el tercio. Comienza Julián Marin con ambas rodillas en tierra y liga cinco pases muy valientes. Luego, ya en pie, sigue por naturales, de pecho, manoletinas y ayudados, entre aplausos, y mata de una gran estocada. (Ovación, dos orejas, vuelta al anillo, saludos desde el centro y es sacado a hombros por la puerta grande, para conducirlo hasta el hotel.)

El promedio de peso de la corrida ha sido de 234 kilos.

En San Sebastián torearon

PEPIN MARTIN VAZQUEZ,

PARRITA y AGUADO DE CASTRO



P. M. Vazquez

SAN SEBASTIAN 30 (Mencheta).—Reses de la ganadería de Albarrán para Pepin Martin Vazquez, Parrita y Aguado de Castro.

Primero. Cuatro varas, luciendo en quites los tres espadas. Tres pares y medio de banderillas. Pepin recibe al novillo con tres terchazos, dos molinetes, algunas manoletinas y varios pases rodilla en tierra, para terminar con un pin-



Parrita

chazo echándose fuera y media estocada muy buena. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Segundo.—Tres varas. Dos pares y medio de banderillas. Parrita brinda al público y lo intenta todo; pero el bicho, que fue muy castigado, llega quedado a la muleta. Mata de un metisaca, otro y media estocada. (Aplausos.)

Tercero.—Manso. Tres refilonazos y una vara. Tres pares malos. Aguado realiza una faena voluntariosa, pero sin ligar. Un pinchazo en el costado y un bajonazo.

Cuarto.—Manso. Es con el toro a fuego. Pepin realiza una faena muy valiente, de castigo, para dos pinchazos, una entera y descabello al tercer golpe. (Ovación, vuelta al ruedo.)

Quinto.—Manso. Un refilonazo y dos varas. Nada en quites. Tres medios pares de banderillas y uno completo. Parrita intenta varios muletazos en redondo, con más voluntad que acierto. Cuatro pinchazos sin soltar y media que basta.

Sexto.—Tres varas y nada en quites. Tres medios pares. Aguado da cuatro mantazos por la cara y mata de tres pinchazos, una entera echándose fuera y cinco intentos de descabello.



A. de Castro

CURRO CARO y ALBAICIN cortaron orejas

en Sanlúcar de Barrameda



Curro Caro

SAN LUCAR DE BARRAMEDA 30 (Mencheta).—Se inauguró la temporada, lidiándose un novillo de la ganadería de Guadalets,

por el rejoneador Alvaro Domecq, y seis toros de don Juan Guardiola, por las cuadrillas de Curro Caro, Miguel del Pino y Rafael Albaicin.

Hay media entrada y preside el teniente alcalde, don Manuel Rodríguez del Río.

Alvaro Domecq tiene una lucida actuación, ovacionándose en tres pares de banderillas y tres rejones, matando sin puntilla. Ovación y vuelta.

Lidia ordinaria:

Primero.—Curro Caro lancea bien, ovacionándose. Cuatro puyazos. Los matadores son ovacionados en quites. Tres pares. Curro Caro realiza una gran faena de muleta, iniciándola con un pase desde el estribo, para seguir con otros de todas las marcas, chucuelinas y manoletinas. Mata de una estocada sin puntilla. Ovación y vuelta.

Segundo.—Miguel del Pino lancea soso. Tres varas. Nada en quites. Tres pares de banderillas. Realiza una faena breve y emba-

rullada y mata de media estocada. Pitos.

Tercero.—Albaicin es ovacionado con la capa, así como Del Pino. Tres pares. Albaicin realiza una gran faena, en la que instrumenta pases de todas clases, y mata de media fulminante. Ovación y oreja. El toro fue bravísimo, y Albaicin, con el mayoral, dan dos vueltas al ruedo entre los aplausos del público.

Cuarto.—Nada con el capote. Tres varas. La faena de Curro Caro es superior, intercalando pases, que se ovacionan, de diferentes marcas. Mata de una estocada sin puntilla. Ovación, oreja y vuelta al ruedo.

Quinto.—Nada de particular en el primer tercio. Cuatro varas. Albaicin es ovacionado en quites. Tres pares de banderillas. La faena de Del Pino es incierta, a pe-

sar de que el toro es bravísimo, por lo que el público protesta.

Sexto.—Albaicin es aplaudido con la capa. Tres varas y tres pares. La faena de Albaicin es breve y mata de media ladeada. Pitos.

Peso de los toros en canal: 186, 210, 208, 203, 229, 240 y 215 kilos, respectivamente.



Albaicin

En Inca, EL YONI cortó una oreja

INCA 30 (Mencheta).—Se celebró esta tarde una novillada lidiándose reses de don Bernardino Jiménez por El Yoni, Curro Alameda y Morenito de Belmonte.

El Yoni, en su primero, muletó muy adornado. Una estocada entera. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

En su segundo estuvo muy valiente y adornado con la muleta y mató de un pinchazo, un intento y el descabello.

Curro Alameda, en su primero, hizo una faena de muleta adornada para matar de media entera. (Ovación y vuelta.)

A su segundo, difícil, le hizo una faena por bajo y mató de una estocada atravesada.

Morenito de Belmonte veroniquó al primero mirando al público, ovacionándose. Con la franja estuvo pinturero y valiente, matando de un volapié.

A su segundo lo despachó de una entera y el descabello al segundo intento.

El peso neto de las reses fue el siguiente: 292, 350, 320, 297, 219 y 223 kilos, respectivamente.

Medido al primer tercio del sexto novillo fue cogido el banderillero Niño de Valencia, curándose en la enfermería de una herida de tres centímetros de profundidad en la región glútea, de pronóstico reservado, salvo complicaciones.

En una ambulancia fue trasladado a Palma de Mallorca, ingresando en la clínica del doctor Abrines.

En Vitoria triunfó PABLO LALANDA

VITORIA 30 (Mencheta).—Cuatro novillos de Encinas para Paquito Muñoz y Pablo Lalanda, que cortó la oreja del segundo. Peso de los novillos: 122, 119, 134 y 128 kilos, respectivamente.

Luis Miguel Dominguín y el Niño de la Palma, triunfaron en Sevilla

SEVILLA 30 (De nuestro corresponsal N.).—Seis novillos del duque de Tojar, para Luis Miguel Dominguín, Rafael Martín Vázquez y Niño de la Palma.

Luis Miguel Dominguín ha cuajado una gran tarde de toros. Recibió al cuarto en el centro de la plaza, de rodillas, con una larga afarolado, de pie ya, dió el lance ajustado, suave. En quites volvió a hacerse aplaudir. Clavó tres magníficos pares de banderillas, y tras brindar a Pepe Luis Vázquez, comenzó la faena con dos pases pegado a la barrera y otro de rodillas. Después toreó al natural, mientras la música sonaba. Entró a matar, cogiendo una estocada hasta el puño. Intentó el descabello, sufriendo una aparatosa cogida, sin consecuencias. Se perfirió de nuevo, enserrando todo el estocue, y cayó el toro. Le fueron vacuadas las dos orejas y dió la vuelta al ruedo.

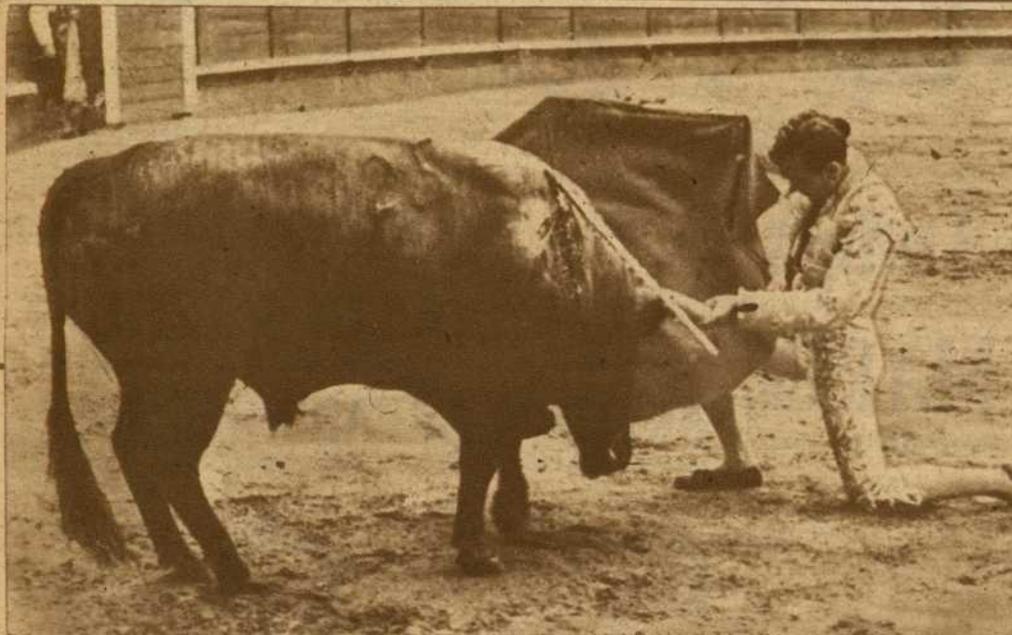
En el primero estuvo bien, a secas, con la capa, y muy valiente con la muleta. Lo mató de media en lo alto. Fue aplaudido.

Rafael Martín Vázquez no pudo lucir su estilo por el lote que le tocó en suerte. Al primero lo mató, después de dos intentos, de una estocada hasta el puño.

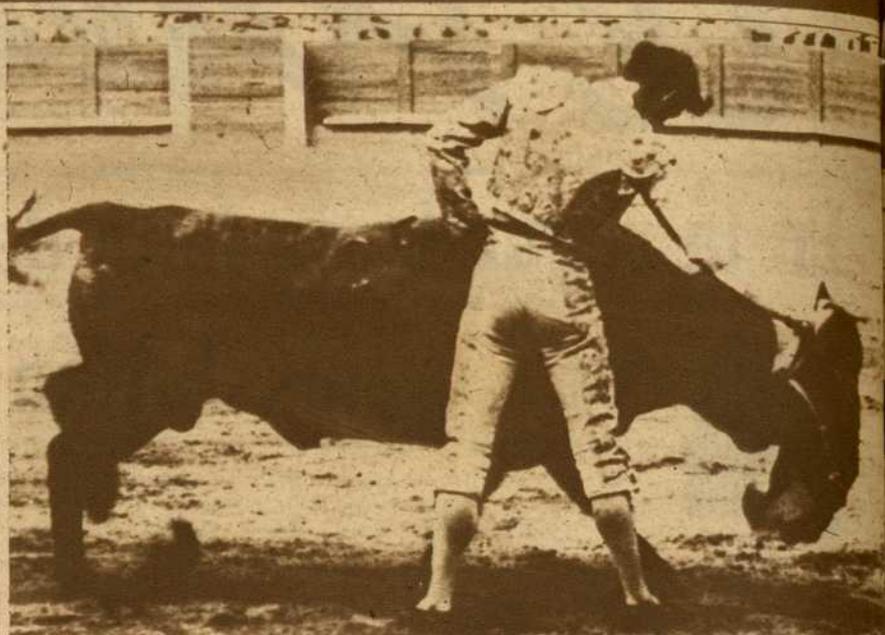
En el quinto el público pidió su vuelta a los corrales. Martín Vázquez, en medio de la protesta del público, lo mató de dos estocadas y un descabello. El Niño de la Palma, que hacía su presentación, apuntó buenas formas con la muleta. A su primero hizo una faena valiente. Lo mató de una estocada hasta el puño, descabelando al primer intento. Dos orejas y la vuelta.

En el segundo, cuya lidia transcurrió bajo los focos eléctricos, estuvo muy artista. Con la muleta dió varios pases seguidos para una estocada. Fue aplaudido. El público sacó en hombros a Dominguín y al Niño de la Palma. Peso de los novillos: 203, 208, 207, 208, 213 y 228, respectivamente. (Información gráfica en la página 18.)

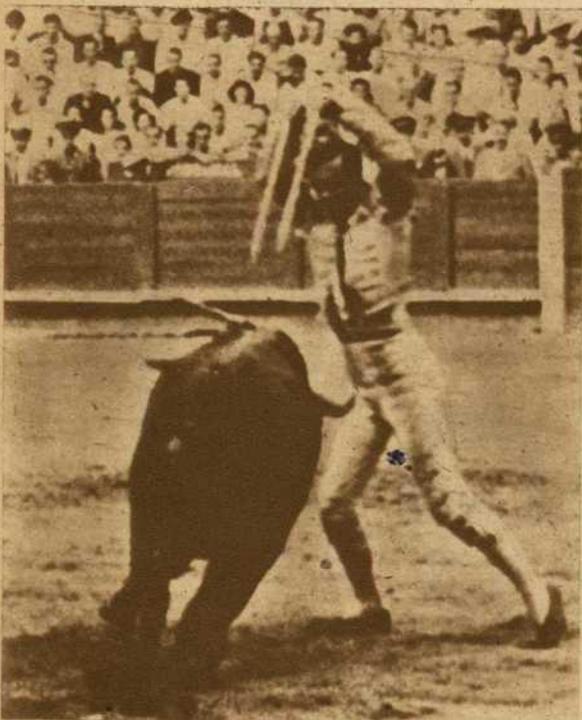
CARTEL DE BARCELONA



Carlos Arruza, de rodillas, hace pasar al toro, cogiéndolo por el pitón, en la corrida celebrada en Barcelona

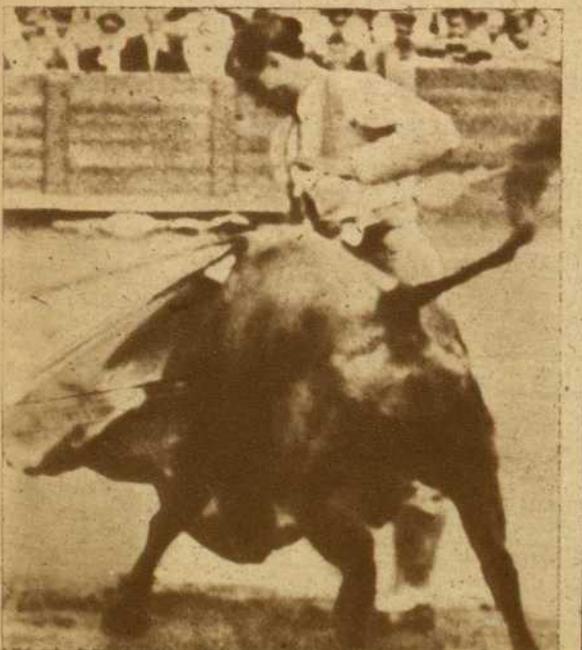


El mejicano Arruza en un derechazo al segundo de su lote, del que también cortó las orejas



Un par de banderillas del mejicano en su segundo

Carlos Arruza en un derechazo a su primero



R E S E Ñ A

BARCELONA 30 (De nuestro corresponsal Subirán.)

Primero. "Caprichoso". Cárdeno, gordo y bien pu esto; con poco gas en la salida. Mansote, muy tardo en la embestida, toma dos varas y dos redondeos y se tiende siempre su lito. Sólo un quite del Andaluz, valiente y torero, exponiendo mucho.

Con tres pares bien pu estos pasa a manos de don Domingo Ortega, que hace una faena de "cañ drático", primero con muletazos iguales y luego encabando al marmallo. Cuando lo logra tira de repertorio, con molinetes, despiantes, confiadísimo, dándole todas las verónicas al mansote. En la primera a igualada, y atracándose, logra media que basta.

Ovación grande, dos orejas, vuelta al ruedo.

Segundo. "Mariposo". Cárdeno, más toro, con más genio. Le pegan fuerte en dos varas y se cambia el tercio con sólo un quite del Andaluz, norme.

Coge los palitrosques a ruza y nos maravilla con tres pares magníficos de preparación y ejecución, de poder a poder, en todo lo alto. Se hundió la Plaza con las tres ovaciones.

Entra el mejicano al camarada Corca, y aun cuando no tiene toro propicio nos asombra con unos alicuarios por alto. Luego toma por naturales con la derecha, se confía y muletea de rodillas por "arruzinas". Esto cada hasta el puño, y hay ovación, orejas y vuelta.

Tercero. "Narciso". Cárdeno, sucho de cuna y con más genio que los anteriores. Andaluz lo fija en dos tandas con magníficos lanceros a la verónica. Tres puyos y otros tantos soberbios quites. Chicuelinas de Ortega, gaoneras de Arruza y verónicas del Andaluz. La Plaza es un maridomío. Bien pareado y tres brindar Andaluz al público, comienza con una faena de r leve, con tres ayudados por alto tres naturales con la zurda, molinetes, afarotados, manoleteras.

Una entera que consulta atravesada. Descabello a la segunda. (Ovación, oreja y vuelta al ruedo.)

Cuarto. "Matajacas". Levantado de cabeza, negro lombardo, con pésimo estilo para los dos a pie. Tres varas, dos de ellas en la palatilla.

Ortega brinda al público y comienza con dos ayudados por alto, rodilla en tierra. Sigue por manoleteras, adorbos, a un palmo de los pitones; molinetes "al ratón", faentiza de profesar, que termina con una gran estocada con d'rame.

Ovación, dos orejas, rabo y dos vueltas al anillo.

Quinto. "Napolitano". Chorreado un señor toro con peso y herramientas. Para fijarlo, Arruza le larga dos faroles de rodillas espeluznantes. En el primer quite emplea chicuelinas vistosas. Andaluz en el suyo, por verónicas, p'gándose al toro. Ortega interviene en su turno con las rodillas en la arena. Música. Broche de oro a cargo de Arruza por gaoneras. (Entusiasmo.)

Con cuatro varas pasa a banderillas. Arruza pone tres pares enormes, especialmente el último, consintiendo mucho en las tablas.

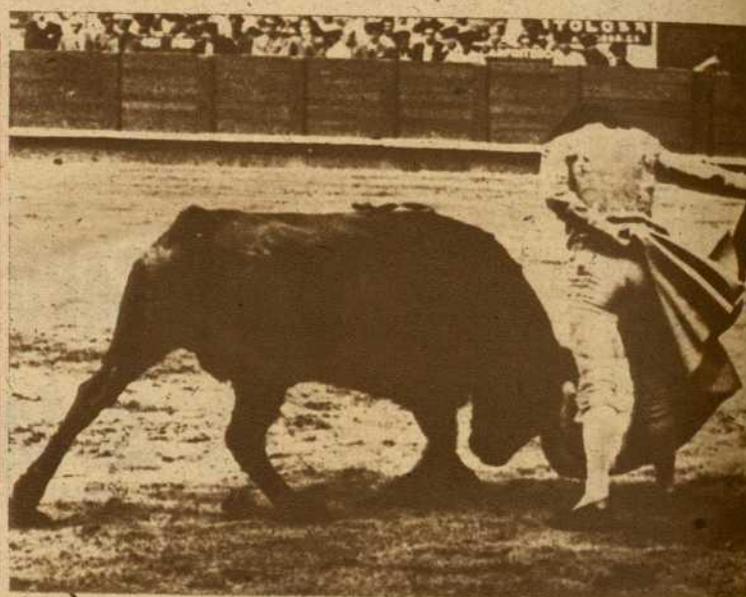
Luego viene otra faena grande, con naturales con la derecha; después con la zurda, pasando un tercio no incómodo. Una "arruzina" emocionante y el toro se acaba. Pinchazo sin soltar.

Segunda faena, d'ándose acariar por los pitones. Estocónazo una chispita caído y ce tero descabello.

Ovaciones, oreja.

Sexto. Sale cuando aun dura la ovación a Arruza. "Favorito", negro zaino, de menos talla, pero bien puesto. Tres varas recargando, pero con pésimo estilo para los espotes, pues se quedó en los vuelos de los mismos.

Tres pares como se pueden colocar y el bicho pasa a manos del Andaluz, que lo dobla valiente, sin perder la calma. Intente el pase por alto y se le cueca pel gromamente, en vista de lo cual tira a estirarlo con prontitud. Dos pinchazos sin soltar, haciéndolo todo el matador y una entera que basta. (Ovación y despedida cañifera.)

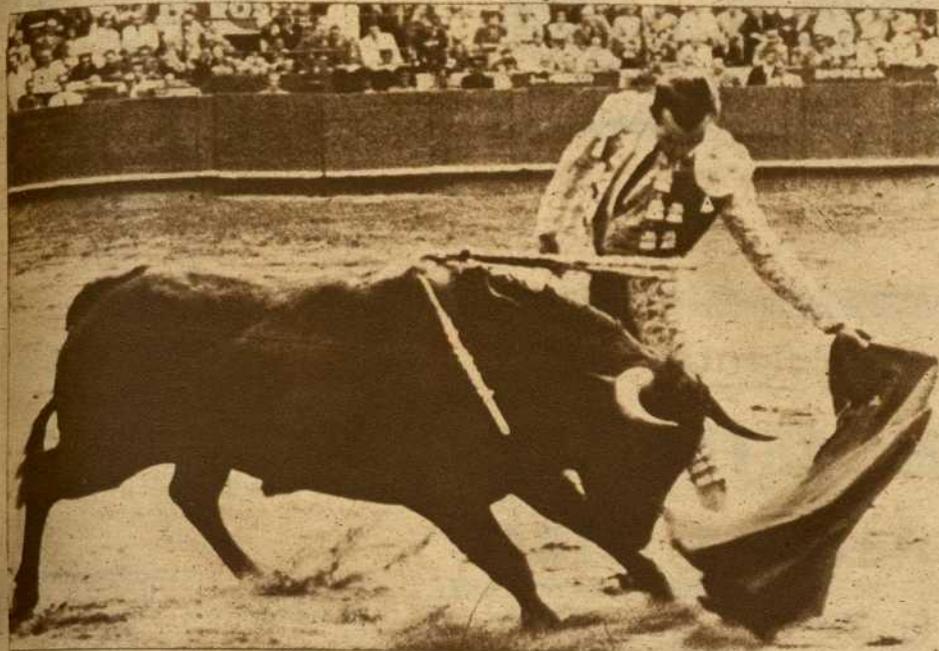


El Andaluz toreando de frente por detrás al primer toro de su lote

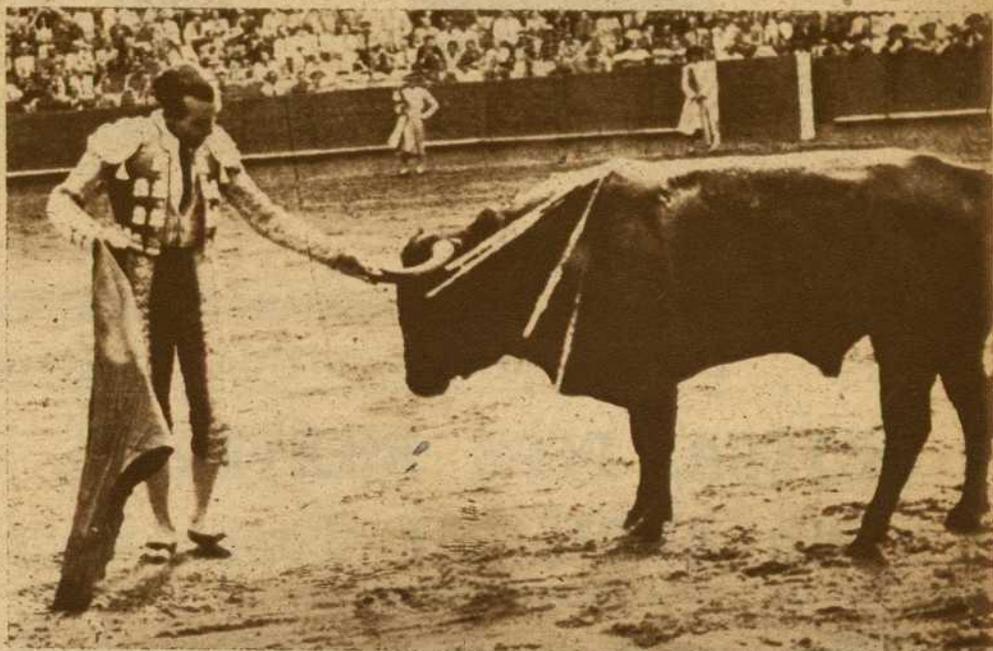


Una apretada manoleterina de Manuel Alvarez

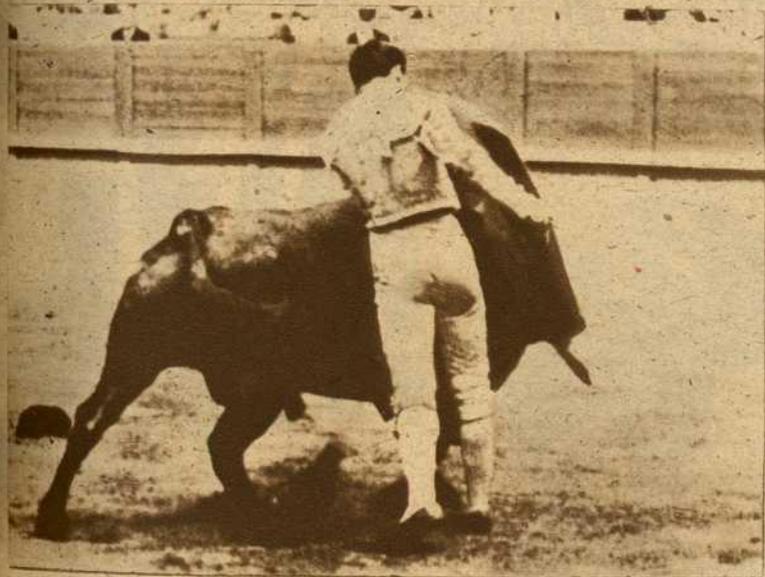
Seis toros del DUQUE DE TOVAR para ORTEGA, ARRUZA y ANDALUZ



Domingo Ortega, otro de los triunfadores del domingo en Barcelona, toreando al natural



Un adorno del de Borox a su segundo toro en la corrida celebrada en la capital catalana



Manuel Alvarez (Andaluz) pasándose de pecho a su segundo toro

JUICIO CRITICO

La gente llenó la plaza ansiosa de ver y creer, para salir, al final, del todo convencida en cuanto le habian dicho y glosado del mejicano Arruza.

No hubo toros, pero en el ruedo había un torero que viene empujando horrores, y dos que no estaban dispuestos en forma alguna a dejarse ganar la partida así como así.

Arruza ha hecho el milagro de reanimar a nuestras primeras figuras.

Así, esta tarde gris, fresca y ventosa, que no era de toros, fué triunfal para un Domingo Ortega, que, sin dejar de ser el insuperable catedrático, tuvo alardes de novillero hambriento de palmas y halagos de un público aun no conquistado.

El de Borox logró «empatar» esta tarde con el azteca en dos faenas de muleta.

ta impecables, ajustadísimas, junto a la calidad de sus enemigos, con esa confianza que excluye todo peligro cuando el trapo rojo está en manos de un señor profesor. Dos entradas a matar le bastaron para terminar con sus dos bichos y las cuatro orejas y el rabo que cortó dicen la calidad de su trabajo.

Carlos Arruza estuvo como con los Cobaledas ideales del día de su presentación, pero con la ventaja de que hoy pudiera demostrar que puede con toda clase de ganado. A nuestro juicio, esta tarde sólo hizo un tercio de lo del día de su presentación, y aun así, provocó el entusiasmo de las masas, cortando cuatro orejas y un rabo.

El Andaluz tampoco se achicó. Hizo cosas grandes, primero con capote y muleta, muy toreras, con ese garbo sevillano que es inconfundible, y, sin tener suerte con el alfanje, cortó orejas.

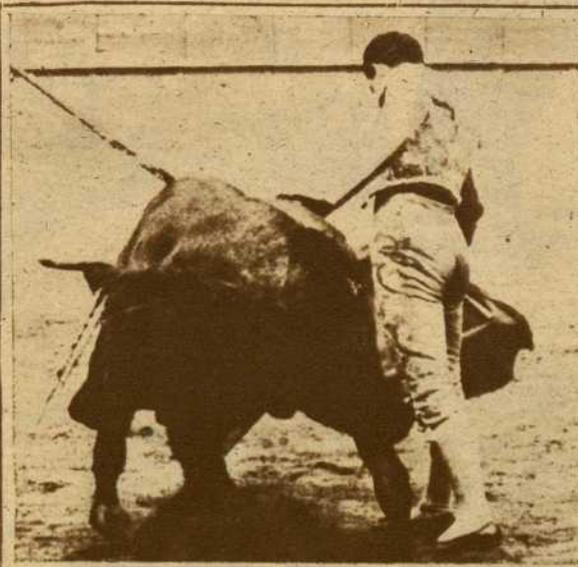
Tuvo la desgracia de que le tocara el peor toro de la tarde y se lo quitó de encima lucidamente.

En resumen, una corrida de gran tarde de toros, en la que el público salió satisfecho y convencido de lo que tanto se decía del torero mejicano.

Los de Tovar, magníficos de peso, con mucha cornamenta, fueron quedadotes y mansurrones.

PESO DE LOS TOROS

El peso en canal de los toros lidiados en la corrida de hoy fué el siguiente: 240, 231, 251, 242, 263 y 247 kilos, respectivamente.



Andaluz en la faena de muleta del toro que cortó la oreja



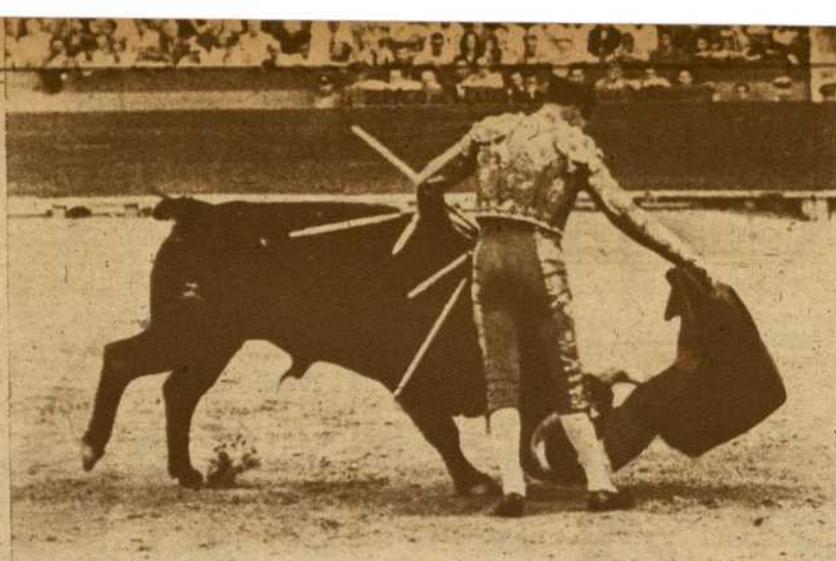
Domingo Ortega en un quite por faroles al tercer toro de la tarde

Domingo Ortega en un natural altoro que abrió plaza





Pepe Bienvenida en un paradeo de banderillas a su segundo en la novena de la feria valenciana



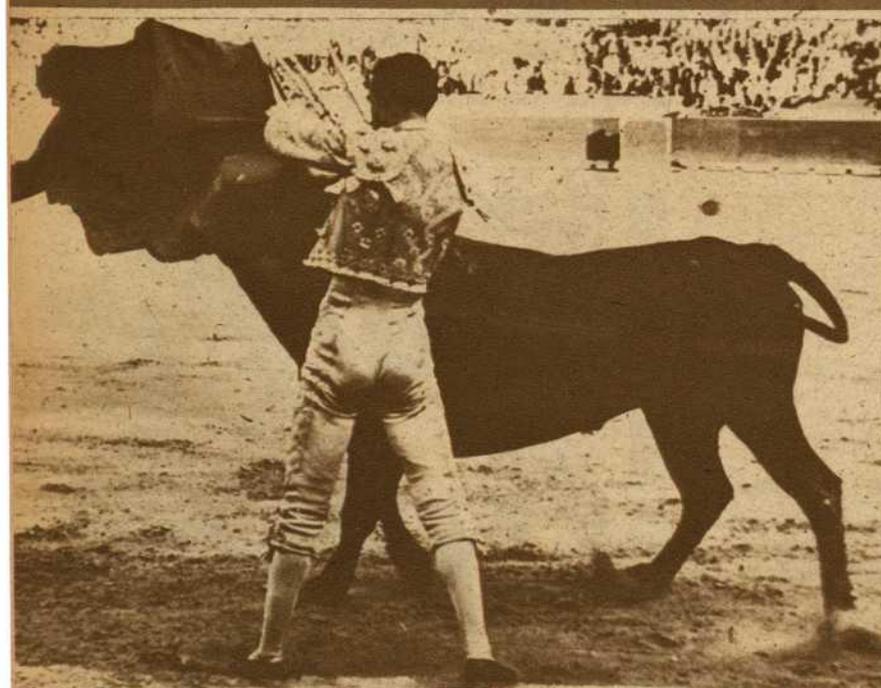
Ortega en un derechazo al toro que cortó las dos orejas



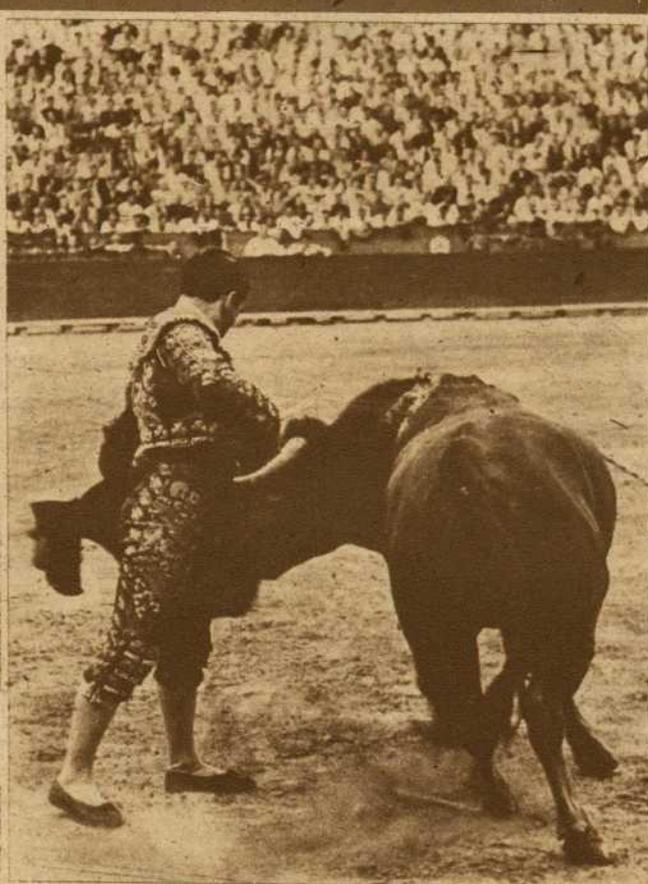
Domingo Ortega da la vuelta al ruedo después de cortar la oreja de su segundo en la novena corrida de la feria

Las dos últimas corridas de feria en Valencia

ORTEGA, PEPE BIENVENIDA, EL ESTUDIANTE y VALENCIA III. Toros de Charro y Miura



Luis Gómez, el Estudiante, en un avudado por alto al toro de la ganadería de Charro, del que cortó las orejas y el rabo, en la novena corrida valenciana

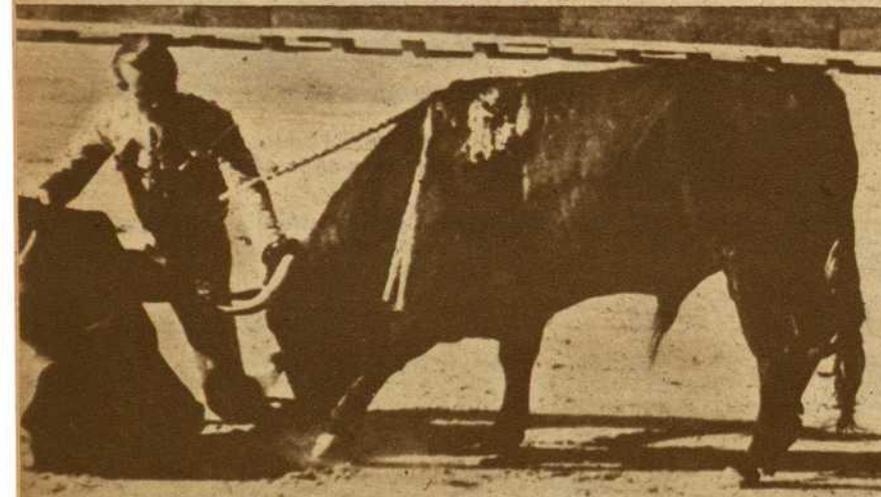


Arriba: Pepe Bienvenida torcando con la izquierda en el toro que cortó la oreja.—Abajo: El Estudiante dando una manoletina sin mirar al toro, en su segundo

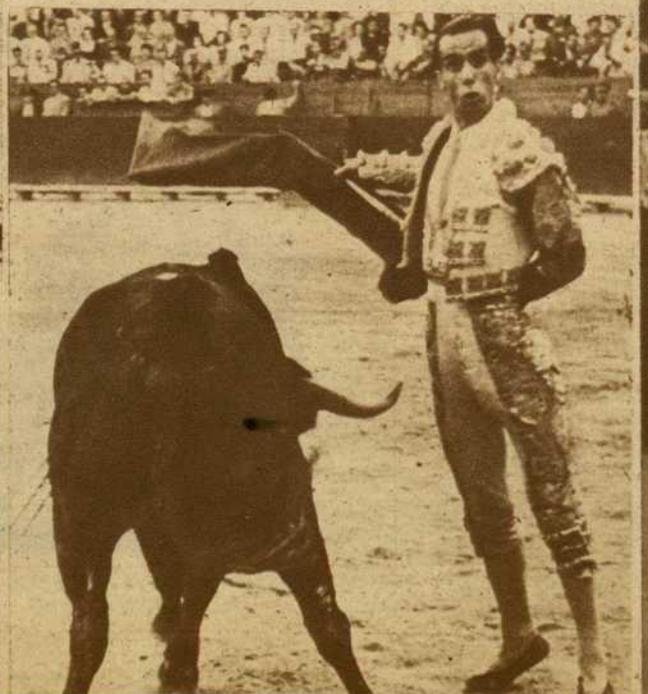


El Estudiante, como premio a su faena, fué sacado en hombros al terminar la corrida

Luis Gómez, con el ganadero don Vicente Charro, recibe las ovaciones del público. (Fotos Vidal)

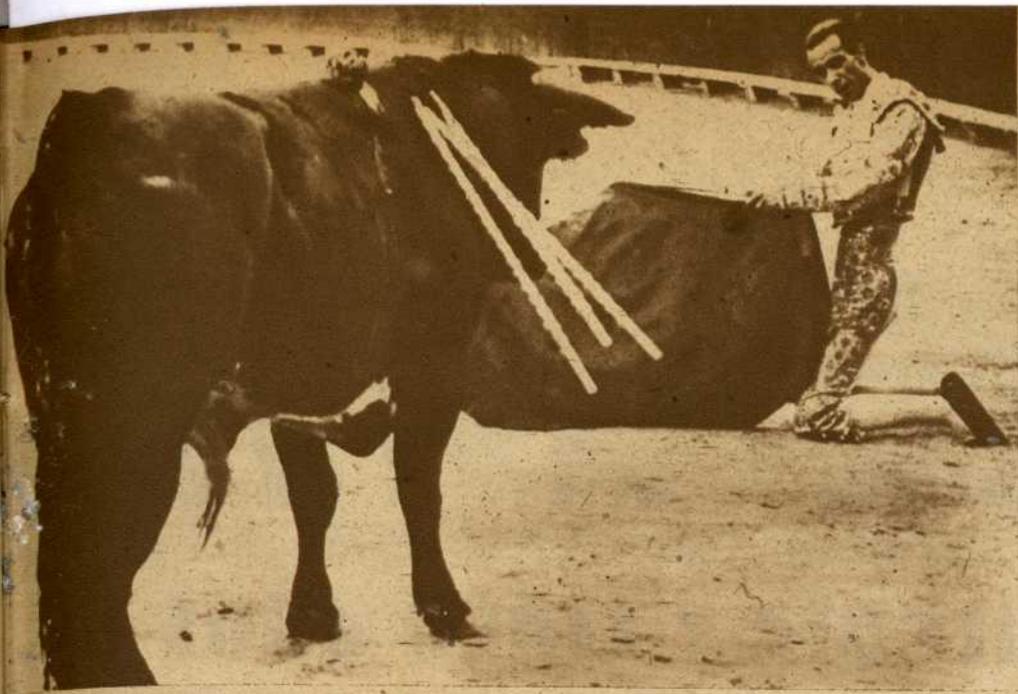


Ortega en un adorno de rodillas al toro del que cortó la oreja

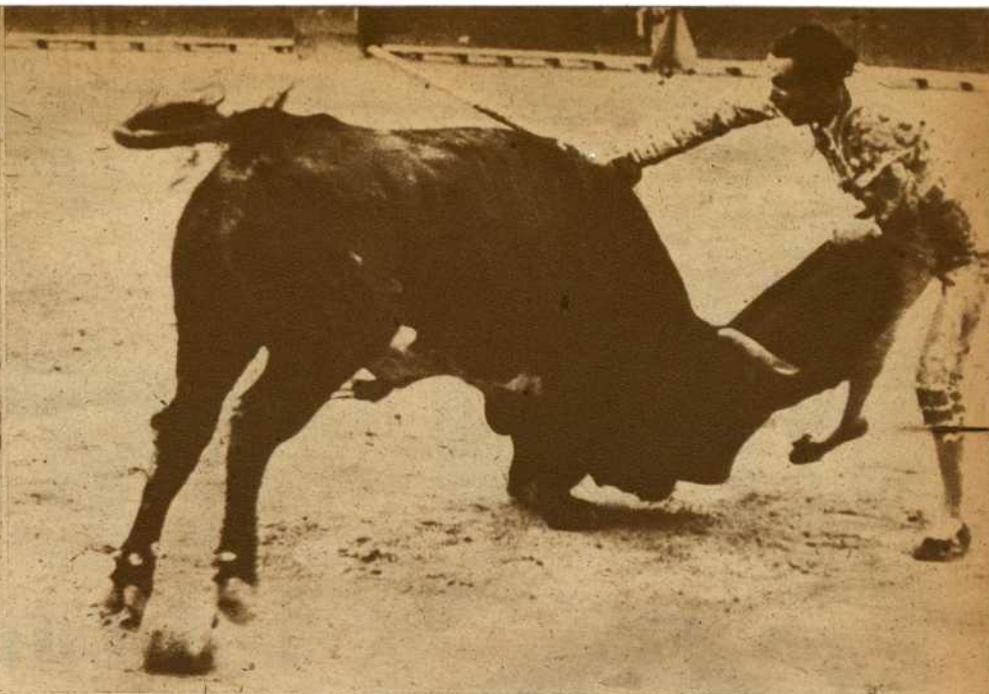


Valencia III en la faena de muleta de su primer toro de Miura en la décima corrida de la feria valenciana

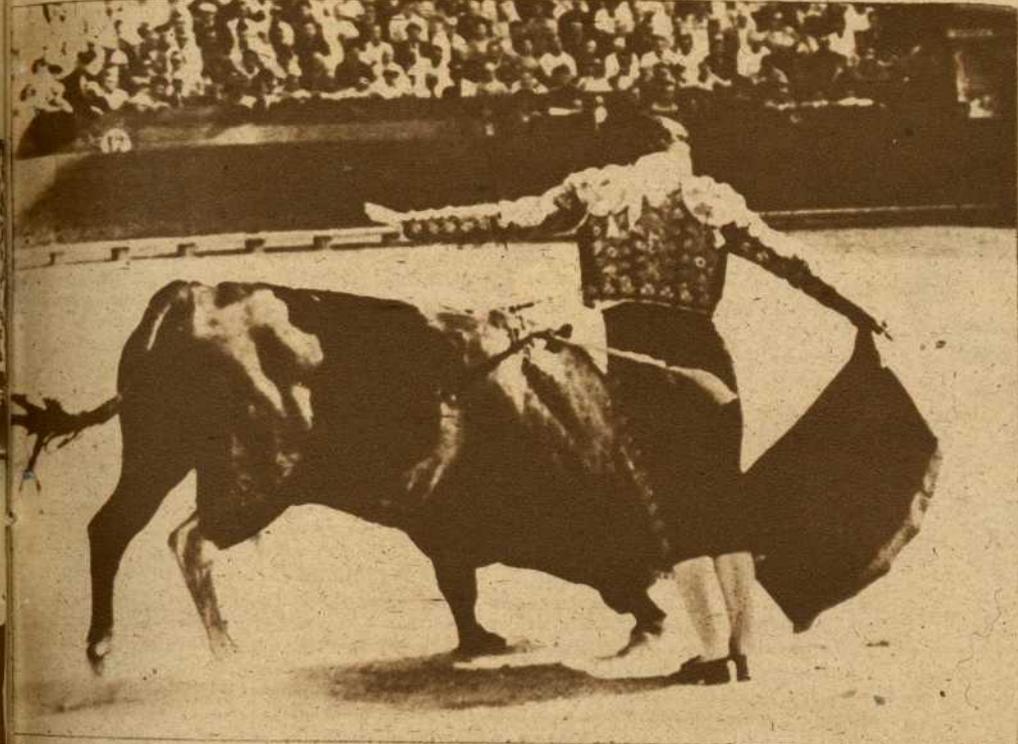




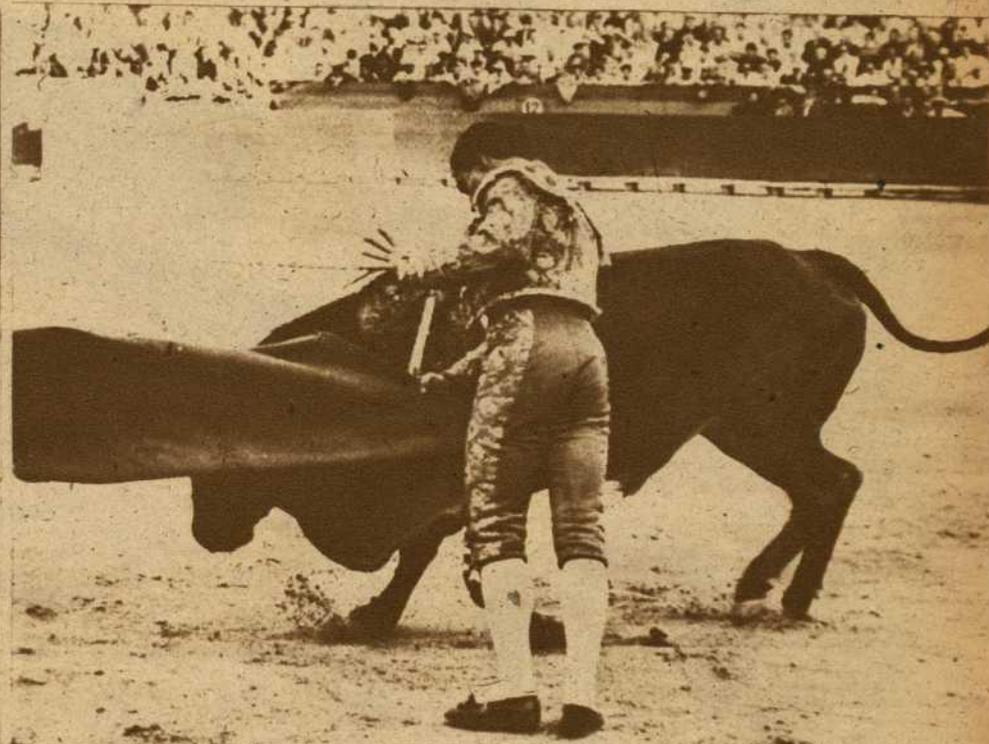
El Estudiante al comenzar la faena de muleta de su primer toro en la novena corrida de la feria de Valencia



Luis Gómez entrando a matar en el toro de Charro, al que cortó las dos orejas y el rabo



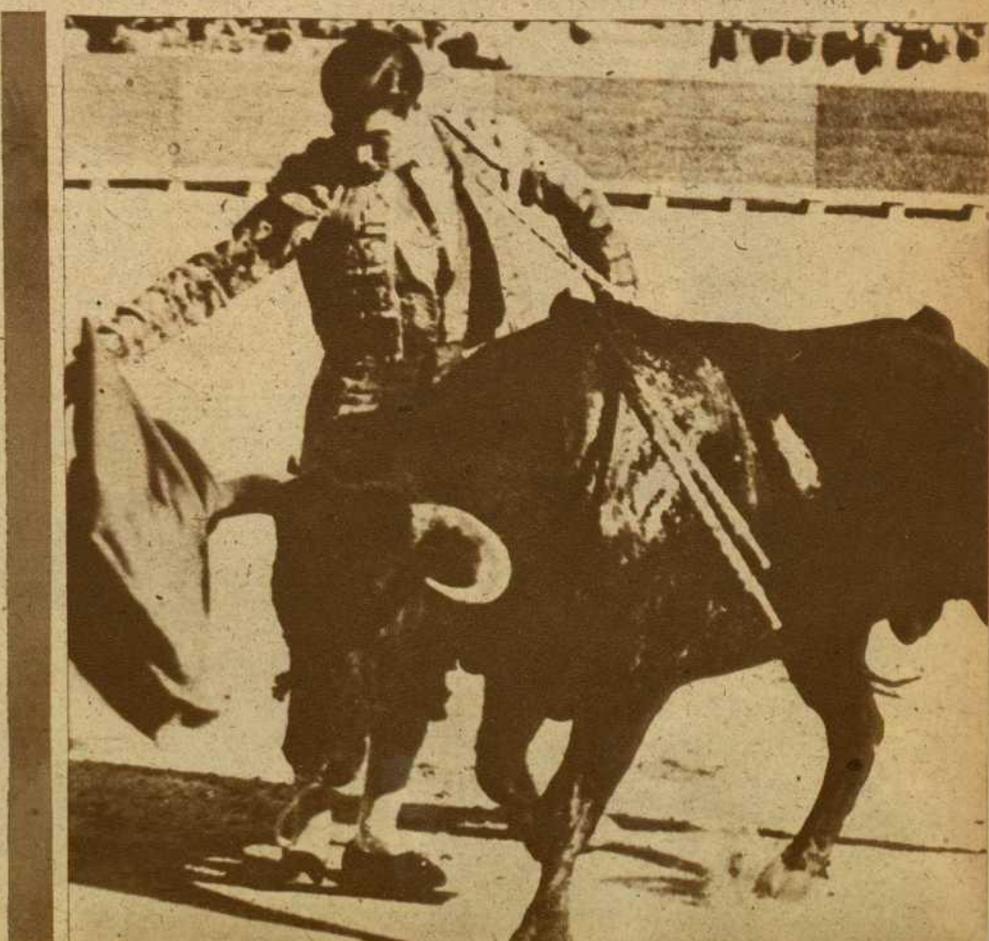
Pepe Bienvenida toreando con la muleta a su primer toro en la novena corrida

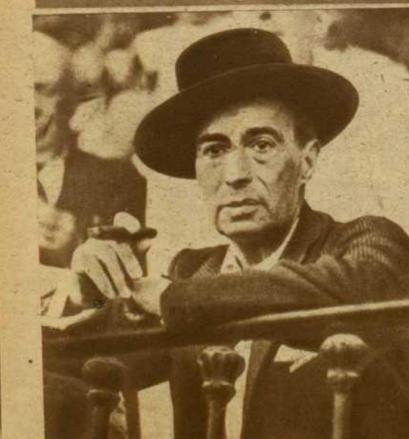
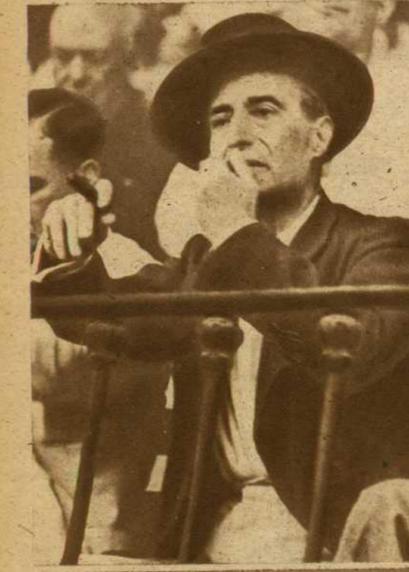


Valencia III en su faena de muleta al Mjur, que le correspondió el segundo lugar

Una fotografía del final de la cuéstiación que se hizo en la novena corrida a beneficio de la familia de Tabernerito

Pepe Bienvenida toreando la derecha de su lote, en la novena corrida de la feria valenciana





Los cuarenta y cinco años de vida torera de Rafael el Gallo

Una tarde de triunfo en Madrid no se puede cambiar por nada



VIII

RAFael tiene la extraordinaria facultad de estirar los temas hasta lo inagotable. Si está en vena de hablar, os sacará del mismo asunto mil facetas distintas, con la misma misteriosa facilidad con que un prestidigitador va sacando palomas de su sombrero de copa. Por suerte mía, este torero genial y este hombre de alma única nunca se me resistió a la conversación, tal vez porque yo me cuidé muy bien de pedírsela siempre que su mirada se llenaba de vaguedades y lejanías. Tal vez, y esto es lo más probable, porque le caí bien. Recuerdo que a las pocas horas de estar con él en Sevilla, mientras almorzábamos juntos en un restaurante de la plaza del Duque, donde él recogió el menú con esa naturalidad del hombre que se ha enfrentado con todas clases de maitres, me dijo de pronto:

—¡Vaya! Ha hecho usted un viaje con suerte, amigo.

Se refería, naturalmente, a mi suerte por haber logrado mis propósitos. Claro que en ello me sirvió de embajador extraordinario e inapreciable su sobrino José Ignacio Sánchez Mejías. El hecho es que a la media hora de llegar a Sevilla me encontraba frente a un Rafael el Gallo

que se acababa de levantar de la cama y que, envuelto en un albornoz oscuro, me animaba, al enterarse de mis intenciones:

—Pues, nada, ya puede usted empezar a preguntar.

Y temeroso de un arrepentimiento que no llegó, porque para algo El Gallo es generoso hasta lo incalculable, interrogué con avidez, con la avaricia de aprovechar su buena disposición y lograr el mayor número de respuestas posible. A la hora, yo había llenado quince cuartillas, como quince sábanas, de notas, sin que Rafael demostrara el menor cansancio ni el menor aburrimiento. Como me dijo después en el

restaurante, yo había hecho un viaje con suerte. Ya lo sabía. Meses antes una potente Editorial le había pedido algo parecido a lo que yo estaba haciendo y no pudo conseguirlo a pesar de un valioso contrato ofrecido a un hombre que si bien es verdad que ha ganado millones, también es verdad que no tiene un céntimo, como también es verdad que aun ganará otra fortuna cuando quiera, para que se le vaya de las manos alegremente, inexplicablemente, como se le han ido siempre los dineros a este campeón de la dadivosidad que es Rafael el Gallo.

Más volvamos a lo que íbamos. Hablando con El Gallo, cuando se cree uno que ya no se puede expresar más el limón sobre un capítulo determinado, pide otro café, enciende el rubio cigarrillo acostumbrado y retorna a un punto que creíamos final, pero que no es más que punto y seguido. El tema «público» le había gustado, y cuando yo pensaba que acababa de fijarlo definitivamente, se fué otra vez a él para recogerlo de nuevo en el mágico capote de su charla.

—Ante los públicos de Madrid y de Sevilla es donde yo he torado más a gusto. Y ante los de Valencia. Pero lo de Valencia es una cosa especial, algo así como una tradición de la familia. A mi padre le querían mucho allí y a mí me han querido más que a mi padre. Por eso yo a Valencia no la puedo olvidar y por eso mi padre quiso que la primera vez que me vestí de torero fuese en Valencia. Hay, no le quepa a usted duda, una reciprocidad de simpatías y antipatías entre determinados públicos y determinados toreros. Es como una corriente positiva o negativa que se establece entre los dos. En Valencia, casi siempre he quedado yo bien. Y es por eso. Por esa corriente de simpatía que engendra en el artista la confianza en sí mismo. Los valencianos son los que mejor me han comprendido. O puede que sea que como ha sido en la ciudad del Turia donde yo he recibido las mayores muestras de cariño, salía a la plaza más a gusto. Todo influye, como le digo. Un público propicio anima al torero, le estimula y uno se deja llevar por ese deseo que se percibe en los espectadores de que quedemos bien; se va al toro y lo más probable es que arme el escándalo.

—¿Y si el público no es propicio?

—Está bien claro. Ocurre todo lo contrario. Imagínese usted que le obsequian a uno con una pita al salir a la plaza, sin que haya hecho nada todavía. Inmediatamente se piensa que si hay bronca nada más que por eso, ¿qué será en cuanto uno esté nada más que regular!

—El remedio está en arrojarse.

—Es que eso no es tan fácil en los casos de hostilidad anticipada. El torero, ante un público así, se encoge casi siempre

de desanima ante la injusticia y cuanto más le gritan, peor está, porque viene el nervosismo, el desconcierto y la hecatombe. Por eso Valencia... ¡Ay, Valencia de mi alma! El día de mi despedida tengo que armar allí un alboroto.

—Pero... ¿cuántas veces se ha despedido usted?

—Todas las que han querido los demás retirarme. Yo, ninguna. Me retiraré, de los públicos, no del toro, ahora, como ya le he dicho, en unos cuantos festivales en las plazas más importantes y para los que existe el proyecto de que toremos yo y todos mis sobrinos. Y uno de esos festivales será en Valencia. Una persona echaré de menos allí.

—Muy importante debe de ser.

—El clarinero. ¿Usted no ha oído nunca hablar de este clarinero de la plaza de toros de Valencia?

—La verdad, no, señor.

—Pues era más gallista que ninguno. ¡Y eso que en Valencia los ha habido buenos! En honor a mí, hacía filigranas con el cornetín. Tocaba cosas para mí solo, ¿comprende usted? No le quiero decir cuando yo estaba bien, y en Valencia lo estuve bastantes veces, por aquello de la corriente, cómo tocaba el cornetín aquel hombre. ¡Y cómo se le humedecían los ojos cuando yo, agradecido, volvía la cabeza desde la barrera! Una vez fui a su casa a verle. Nos dimos un abrazo. Cuando me separé él lloraba como un chiquillo de cinco años. ¡Qué cosas! ¿eh?

—Ese clarinero era un sentimental.

—Sí. Un sentimental y un hombre de corazón. ¡Ay! Si todos mis admiradores hubieran sido así, hasta en los toros aquellos que no maté me hubieran ovacionado.

—Eso no hubiera sido justo.

—Pejo sí bonito y descansado.

—¿Qué espectadores se «metían» más con usted?

—Yo creo que donde peor me han tratado ha sido en San Sebastián y en Vitoria. Allí he tenido mis peores tardes porque allí la corriente era a la inversa.

—Entendido.

—Pero donde más desea actuar el torero es en Madrid y en Sevilla. Son los públicos que más se temen y los que más se desean al mismo tiempo.

—¿Es que esos públicos tienen un modo de ser especial?

—En efecto. Una tarde de triunfo en Madrid no se puede cambiar por nada. Lo mejor del público de la capital es su nobleza, su falta de rencor, su sentido tan equitativo de la censura y del aplauso. Está una toda la tarde fatal, es un decir, y en el último toro hace unas gracias con el capote y le aplaude como si no hubiera ocurrido nada antes. Son dos públicos de Madrid y Sevilla muy enterados y aun cuando el torero no tenga suerte, si hay clase, la saben apreciar, como saben estimar también el esfuerzo, la voluntad, las ganas de hacer la pena que da quedarse con las ganas.

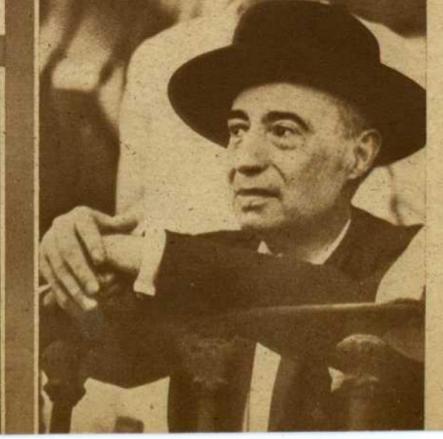
—¿Y hay mucha diferencia entre el público actual y el de 1910, por ejemplo?

—La misma que va de los toros que nos soltaban antes a los que sueltan ahora. Antes echaban unos toros como catedrales, con dos velas que daban pavor y con una intención y un sentido que daban más pavor todavía. Pues, a pesar de eso, en cuanto que a los espectadores les parecía que el toro era poco toro, se ponían de pie, agitando en las manos las entradas y para qué la que le organizaban a la presidencia. Me acuerdo que en los peñascos pistaban un choto y un torero a su lado, con unas tarjetas bajo el brazo. ¡Y se cobraba por miles de pesetillas, cuando el toro es pequeño y de carril, el torero cobra miles de duros y el espectador ni saca las entradas ni tira almohadillas. Estamos en laucha. ¡Si yo tuviera unos años menos!

—Y es la verdad. Casi todo lo que torea los novilleros y aun los matadores de la actualidad, lo torea por distracción. El Gallo en estos tiempos, cuando Juan Belmonte va a buscarle para ir a divertirse un rato al campo.

[Fotos Luis Arenas].

RAFAEL MARTINEZ GANDIA



La suerte de varas

Por JOSE CARLOS DE LUNA

En monserga de loro sabihondo se viene repitiendo que la suerte de varas es la más importante de cuantas se practican en las corridas de toros. Esto lo dice el avechicho sin darse cuenta, naturalmente, de la terrible ironía que hoy entraña el parralito. Y como no queremos ser un loro más, salgámonos de la jaula y abandonemos el tópico—los cañamones—para que los sigan pisoteando entre dengueos los loros, subloros, periquitos y cacatúas, que gustan también de la yemita de huevo y del azúcar de pilón.

Primeramente, es absolutamente necesario establecer la diferencia entre lo que son y lo que fueron las corridas.

¿Imagináis difícil precisar la linde? Aseguramos que no. Si muchos cimientos y servidumbres de la Fiesta se perdieron entre jaramagos de borrosos recuerdos, la pretendida divisoria se levanta como muralla de cal y canto contra la que se quiebra la mollera el que pretenda derruirla a calabazadas, ciego de pedantería—gota serena que se comió los ojos de tantos aficionados al uso.

La suerte de varas fué la más interesante de cuantas se practicaron en la lidia de toros bravos. Dicho así, ni hay que estudiar comas ni añadir tildes. Y si esta conversación se planteara entre aficionados siquiera con buena fe, ya estaba agotado el tema. Cinco minutos de silencio para recordar y establecer comparaciones, y una sonrisa de socarrona inteligencia pondría el colofón.

No soñemos imposibles. Al grano, y encantados de discutir sin dar el pecho al lieurguismo ni encaramarnos en la ontelequia.

Dirán ustedes: «¡Caramba! ¿A qué, ni para qué, tanto preámbulo?»

Y contestamos acá: «Porque conocemos lo resbaladizo del terreno, la tortuosidad de sus veredas y los hoyancos bajo florecillas franciscanas, tan intencionadamente utilizadas para distraer, encubrir y disimular.»

«Vamos al toro, que no es una mona, sino un *alisante*», como dicen que decía Faico, que por allá nos aguarde muchos años gozando de la paz eterna, si es que le asignaron un lugar alejado de San Lucas. Y como ya tenemos partido el campo—¡aquella murallita!—, hablemos del pasado y dejemos el presente para otra croniquilla.

La suerte de varas fué como la piedra de toque de los plateros. En ella descubría el toro lo que llevaba dentro: bravura o mansedumbre; codicia alegre o triste *inapetencia*; sal o sosera; nervio o blandenguería; en fin, casta o paludismo; oro o latón. Sirvió la suerte de varas, en primer lugar, para esto; y en segundo..., para lo mismo. El hombre que a caballo la practicaba se llamó torero de a caballo, según el Diccionario; y ateniéndonos secamente al adjetivo: picador; el que pica. ¿Estamos?... ¡El que pica!

Así, en los comienzos de la fiesta, ya en sendas de arte, el picador quebrantaba el poder del toro, toreándolo y corriéndolo en su tercio y defendiendo la montura con habilidades de jinete, ayudándose con una vara o pértiga que, rematada en punta de acero, aseguraba el apoyo, deteniendo momentáneamente a la res en su acometida, facilitando la forzosa corbeta para librar al caballo de la cornada.

Poco quebrantábase así el poder del toro, que llegaba al último tercio de la lidia cansado, pero incólume. El matador le echaba a rodar a estocadas o *sartenazos*, sin otras reglas que las que de momento le dictaba su agilidad y su guapeza, descontento el entusiasmo que se desbordaba a poca costa sin aquilatar minucias ni reparar en salvajismos.

Pero gana terreno el toro a pie, y al matador se le exige gracia, valor, estética e inventiva en el menester de parar e igualar. Es entonces cuando el tercio de varas pasa a segundo término en el espectáculo, dejando de ser alegre y ágil para convertirse en torvo y duro, como necesario castigo para el toro que debe llegar a la jurisdicción del maestro quebrantado y ahormado suficientemente para permitir la faena de muleta en función de divertir, aunque pareja a la de fijar a la res para el momento cumbre. Y es entonces cuando aparece la garrocha con su puya, para herir y aguantar a la res que se ahorma y quebranta a sí misma romaneando el peso del caballo y jinete después del embroque. Y como la garrocha era muchas veces defensa angustiosa para el jayán que la embrazaba, y podía desbordar su cometido de herir y detener si encarnaba en determinados blandos, se le ideó un tope esférico—limoncillo—que obligaba, además, a manejarla con sabias restricciones si no se quería marrar sistemáticamente. Porque si el instinto de defensa echaba mucho palo por delante, precisaba apuntar la puya al morrillo o altos de las espaldillas, donde la convexidad de la superficie garantiza el agarre; ya que más atrás, en las superficies planas del lomo y costillares, resbalaba el limoncillo por lógica tangencia.

Aputando la misión de la pica al modo de antaño, casi nos atrevemos a asegurar que beneficiaba a la res, sangrándola en el morrillo y descongestionándole, principalmente la vista, de la rabiosa calentura que le provocó la pelea.

Así era la suerte de varas, que descubría las condiciones del toro y lo preparaba para el último tercio. Al espectador consciente, que siguió las incidencias del tercio, tocaba luego exigir o disculpar, repudiar o aplaudir lo que se demandaba del maestro con la muleta y la espada entre las manos y de cara a su deber profesional en el momento supremo; que por algo se califica el doctrobrado con el título de «Matador de toros»—son las francesas las que dicen *toreadores*.



El placer de hacer primeras figuras para luego deshacerlas

Por DON INDALECIO



El diestro de Gelves, en traje campero. Joselito sufrió, como todas las grandes figuras, el amargor del desengaño

HAY algo tan difícil, por lo menos, como llegar a la primera fila: sostenerse en ella. Entre los matadores de toros—le oímos decir una vez a una primerísima figura—valen dos cosas: la novedad o la historia. Una buena fama, bien administrada, puede servirle a un lidiador vulgar para obtener un doctorado con infulas de torero de excepción y mantenerse, al revuelo de ese capote, en una buena postura durante un par de temporadas. Nada más; de ahí en adelante, el descenso rápido, hasta caer en el montón. He aquí una clase de toreros que se sirve de la novedad. Conseguir la historia ya es más difícil. ¿Cuántos pudieron sostenerse en la primera fila casi desde su doctorado hasta la retirada digna? Muy pocos. Si repasásemos las páginas de la historia del toro, apenas tendríamos que detenernos en una docena de nombres. Un Lagartijo, un Frascuelo, un Ricardo Bombita, un Machaquito, un Belmonte, un Marcial... a sus casas se fueron con la misma gloria que el primer día conquistaron. Entiéndase bien lo que quiero decir: no que en dos siglos de profesionales de a pie sólo hayan existido doce primeras figuras, no. Esa novedad de la cifra la atribuyo a los que a la muerte llegaron y de ella no descendieron hasta el final, sin altibajos a lo largo de su carrera. Puede decirse que un Rafael el Gallo, con sus idas y venidas, con sus me voy y me quedos, con el alargamiento de la profesión a la sombra de borradas benéficas, pasará a las páginas de la historia con la misma aureola de triunfo que los que a la muerte llegaron y de ella no descendieron hasta el final, sin altibajos a lo largo de su carrera.

¿Puede decirse que un Rafael el Gallo, con sus idas y venidas, con sus me voy y me quedos, con el alargamiento de la profesión a la sombra de borradas benéficas, pasará a las páginas de la historia con la misma aureola de triunfo que los que a la muerte llegaron y de ella no descendieron hasta el final, sin altibajos a lo largo de su carrera.

túa de padrino en una confirmación de alternativa en la plaza grande: refrendo del doctorado de Emiliano de la Casa, Morenito de Talavera. Para la desquiciada empresa madrileña, aquel cartel salido de su caletre ofrecería el aliciente del recuerdo de una novillada triunfal celebrada en las postrimerias de la temporada anterior; pero, en cambio, para los aficionados que desean ver conservada la solera de las cosas históricas en el toreo, aquella combinación ya no era una novillada de postín, sino una corrida de toros de mediocre combinación para toreros imberbes y sin hacer, de los que todavía están pasando el túnel, según la frase feliz de El Cachetero.

Antaño, «padrinos» no podía ser cualquiera ni podía ser corrida de abono la que no iba «garantizada» por una de esas de las que yo llamo «figuras históricas». Esto ya se especificaba en las condiciones de aquél, cuando se advertía al posible abonado que no se consideraría de abono la corrida en la que no figurara, por lo menos, uno de los espadas de cierto grupo formado por los consagrados. Esto es, por una de las «figuras históricas».

Hoy los públicos están formados por humanos impacientes. Los aficionados de ahora se asemejan a los niños con juguetes nuevos que en seguida quieren ver lo que el muñeco lleva dentro y lo destripan. Un gran torero que lleve seis temporadas en el candelero ya se nos aparecerá más viejo que Rafael Molina cuando salió a una de caballo de la Plaza de Madrid la tarde de su despedida. De aquella prisa de los que pueden hacerse ricos en dos temporadas para poder decir «ahí queda eso» en cuanto notan el cansancio y el desvío de los públicos que tan poco antes los encumbraron.

Y, sin embargo, los grandes toreros, por grandes que sean, necesitan reposo y solera. Desde las primeras actuaciones adivinarán los aficionados si un novillero—salvo lo imprevisto—dejará huella de su paso por la historia del toreo. Un Joselito, un Belmonte, un Ortega, un Manolete, un Pepe Luis, al encaramarse en lugares de excepción casi desde las primeras corridas, a nadie sorprenden con su encumbramiento. Posían, y el público lo vió desde el primer instante, la personalidad, el sello que distingue a los que van para figuras cumbres de los que no han de pasar de toreros de «buena voluntad», de «toreros machos» o de «toreros modestos», cuyos calificativos tanto gustan a determinados espectadores, pero de tan mediana cotización en la bolsa taurina.

Mas, a pesar de todo, también los que advienen con personalidad, los poseedores del «quid divinum» han de perfeccionarse, y se perfeccionan a través de corridas y de temporadas. ¿Era acaso lo mismo el Joselito que toreaba con Limeño que el Joselito del año 19? ¿No era distinto el Belmonte genial, pero cortísimo, del año 14 que el de la temporada de reaparición del 25? No nos impacientemos; no queramos quitar en seguida de en medio a un gran torero por una racha de desgracia, ni queramos enfrentarlos con los recién llegados, dándoles a estos el trato de favor y la ventaja; no olvidemos que a Joselito se le cantó el «¡que se vaya!» la víspera de irse a Talavera a morir. Dos casos evidentes y actuales: El Estudiante y Pepote Bienvenida; uno y otro veteranos entre los de su clase, mas todavía hacia arriba, con posibilidad de mejorar la postura, al no venir la disminución de facultades ni de entusiasmos. Con el uno y con el otro, ¿hubiera ganado algo el aficionado si se hubieran ido a su casa durante aquellas temporadas en las que no pasaban de las veinte corridas de los mediocres?

Admitamos a los toreros en sus distintas reacciones: en su primavera, en su verano, en su otoño... Que las corridas de toros sean con maestros. No por el afán de novedades convirtamos las corridas serias en novilladas ilustradas, aunque sean muy interesantes, con vista mercantil hacia la taquilla. ¿Me dirán ustedes que soy un pesado si vuelvo a poner el ejemplo de aquella corrida de toros en la que Antoñito Bienvenida confirmó como doctor a Morenito de Talavera?



Joselito el Gallo, figura preeminente del toreo, idolo de una época, espera el momento del último tercio

¿Triunfador que si se hubiese retirado cuando le preparó la marcha Joselito? ¿Dudará alguien que Chicuelo entró en su arte por la puerta grande y se marchó cuando sea, que él no parece tener prisa, por un infimo postigo? ¿A qué que muchos habrían de decirme—sin yo negarlo—que la vida es dura y que no todos tienen la suerte de hacer dinero con el acompañamiento de la suerte mayor de saber conservarse a los que esas suertes no les acompañan, ¿qué han de hacer sino continuar despachando corridas a lo que sale y en inferiores condiciones?

Hay actualmente una gran dificultad para que las primeras figuras duren y se sostengan. Los públicos se cansan en seguida de ellas. Aquella competencia de Lagartijo y de Frascuelo, que duró más de veinte años, ¿podría ocurrir hoy? A Marcial, instituido en «joven maestro» apenas doctorado, se le conservó el nombre hasta el final de su historia torera, no sin risitas irónicas por parte del público y de críticos sin «prestancia», que consideraban absurdo llamar «joven» a un torero de treinta y tantos años, a quien venían viendo desde los diecisiete.

Antaño—era necesaria la «figura histórica» en los ruedos para asumir la responsabilidad del cartel o la del abono cuando, ¡ay!, se abría abono en Madrid y no se organizaban en mayo y junio novilladas, no «pour l'Espagne et le Maroc», como se decía entre ciertas compañías teatrales extranjeras, sino con carteles «para Tetuán y Carabanchels». Para conceder antiguamente una alternativa había que contar de antemano con la aquiescencia de las «figuras históricas», para saber si ellas estaban dispuestas a conceder el ascenso a los novilleros documentados. A Rodolfo Gaona—y ya los viejos aficionados de la época aseguraban que todavía había cambiado—antes de conseguir el «exequatur» de las primeras figuras, hubo de acomodarse a tomar una alternativa en un corralón ilustrado, la plaza de Tetuán de las Victorias, de manos de un «Don Nadie», y que me perdona la memoria de Manuel Lara, Jerezano. Antes, un torero que concedía alternativas, ya podía estar seguro de que era un maestro, una primera figura entre los de su tiempo. Hoy, hoy la cesión de trastos puede hacerla cualquiera. Citaré hechos concretos, y no en desdoro de los que cite sus nombres, para mi muy respetables, mientras no se me demuestre lo contrario. A comienzos de la temporada de 1942 tomé la alternativa en Madrid un novillero triunfante el año anterior: Antoñito Mejías Bienvenida. Entraba en la categoría bajo los mejores auspicios de ser algo y aun mucho en su arte; pero todavía y durante bastante tiempo había de considerarse, sin desprender el cascarón novillero, ¿no? ¡Pues no! A las pocas semanas ac-

En su casa sevillana. Joselito, por no torear en Madrid, donde el público se había olvidado de las tardes triunfales, fué a Talavera aquella tarde trágica de mayo...



EN EL RECUERDO...

IGNACIO SANCHEZ MEJIAS

volvió a los toros una tarde de julio en Cádiz
Un mes después fué cogido de muerte en Manzanares



Ignacio Sánchez Mejías en la tarde de su vuelta al toreo en la plaza de Cádiz. Vemos en la foto al infatigable diestro sevillano recorrer en triunfo el ruedo gaditano

ERA sofocante el calor aquella tarde de principios de julio. Cádiz, paloma blanca de las ciudades de España, extendía sus alas de barrios extremos apuntando hacia los poblados deliciosos de San Fernando y Puerto de Santa María, mientras que el sonrosado pico de lo que fué antigua Gades, emporio comercial en época remota, se hundía ávidamente en el Atlántico para saciar la sed.

Se despezó el vecindario. Inusitada algarabía poblaba las calles llenándolas de voces, que no eran precisamente las que en cotidiano sonar anunciaban la venta de las sabrosas «bocas de la Isla».

Había toros en Cádiz. Lo decían muchas paredes de casas, porque sobre la pureza de su enjalbegado habían plantado los encargados de tal menester unos chafarrinones de abigarrados colorines representando a un torero que, sentado en el estribo de la barrera, daba aquellos escalofriantes pases de pecho que a lo largo de su vida taurina acabaron por constituir el puntal más firme y descolante de la personalidad de Sánchez Mejías.

Ignacio, por tercera vez, después de abandonar la peligrosa y sugestiva profesión de lidiador de reses bravas, «volvía a los toros». Contra su afición desmedida no pudieron ni los años ni ese sentimentalismo afectivo y familiar que tanto pesa en la voluntad de los hombres. Ante nada se detenía el espíritu combativo del lidiador, porque su descanso era la lucha, el torneo peligroso con las fieras, ese duelo en que la muerte, al menor descuido, podía ser, y es muchas veces, el tributo que paga la audacia o el valor desmesurado.

Era el primer día que, después de escasos años de pausa, Ignacio volvía a ceñir sobre su cuerpo musculoso de gladiador el traje de luces. El hotel, recoleto, atacado de modorra provincialiana bajo el fuego del sol, y en el cuarto Antonio Conde, panacea de toreros de fama, y varios amigos.

Va bórrendo el oropel recamado de lentejuelas las huellas del vulgar e íntimo atuendo. Se ajusta ya a las piernas la taleguilla, mientras que el busto, hornacina del corazón, en una pereza instintiva, parece resistirse a ser prisionero de la casaquilla con bordados ingenuos, recortada airosa y rutilante.

Es una parsimonia significativa y agorera. En el trance de vestirse de torero, parece como si de pronto surgiera una lucha entre el hombre que abandona la apacibilidad de una vida sin sobresaltos ni riesgos y el artista que cambia ese bienestar hogareño y



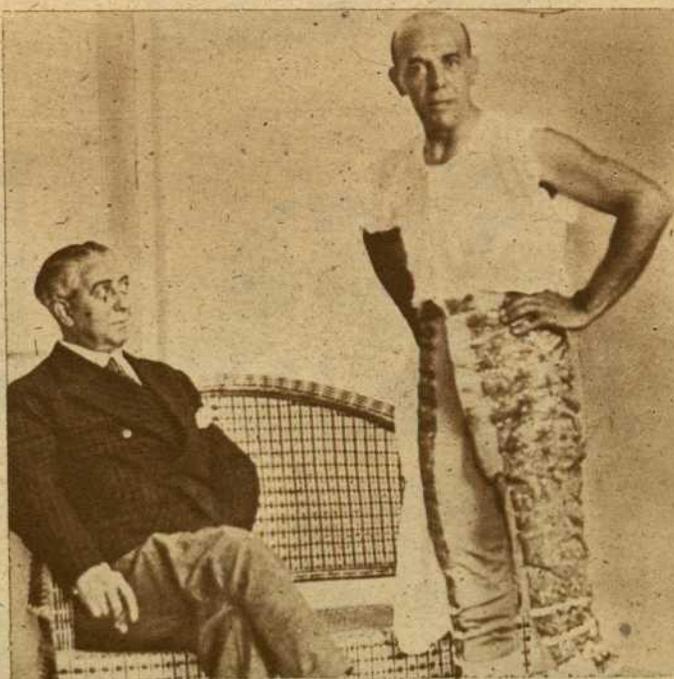
tranquilo por la inquietud perenne de una porfía, de una lucha que sólo rara vez concede el triunfo a los elegidos. Y ahí es Sánchez Mejías en el cuarto silencioso del hotel, momentos antes de salir de nuevo a una plaza de toros, recreándose con lentitud en el desaliño de una camiseta menestrala—prenda de horas serenas, quizá, en Pino-Montano—, al tiempo que su rostro ceceo, de enérgicas facciones, parece reflejar una preocupación abstracta, indeterminada, gesto ambiguo del torero que quisiera de entrañar en ese instante y por voluntarioso empeño, el sino que la Providencia le reserva en esa su nueva etapa de lucha.

Pero la predestinación es fatal. El diestro sevillano toreó tarde en Cádiz y triunfa. Va a San Sebastián, Santander, La Coruña, Huesca, y en todas esas plazas de toros se impone e lvalor indomable Sánchez Mejías. Su arte no conoce filigranas estilistas; pero su corazón está siempre pronto a colgarse en los pitones de los toros que lidia, y esto

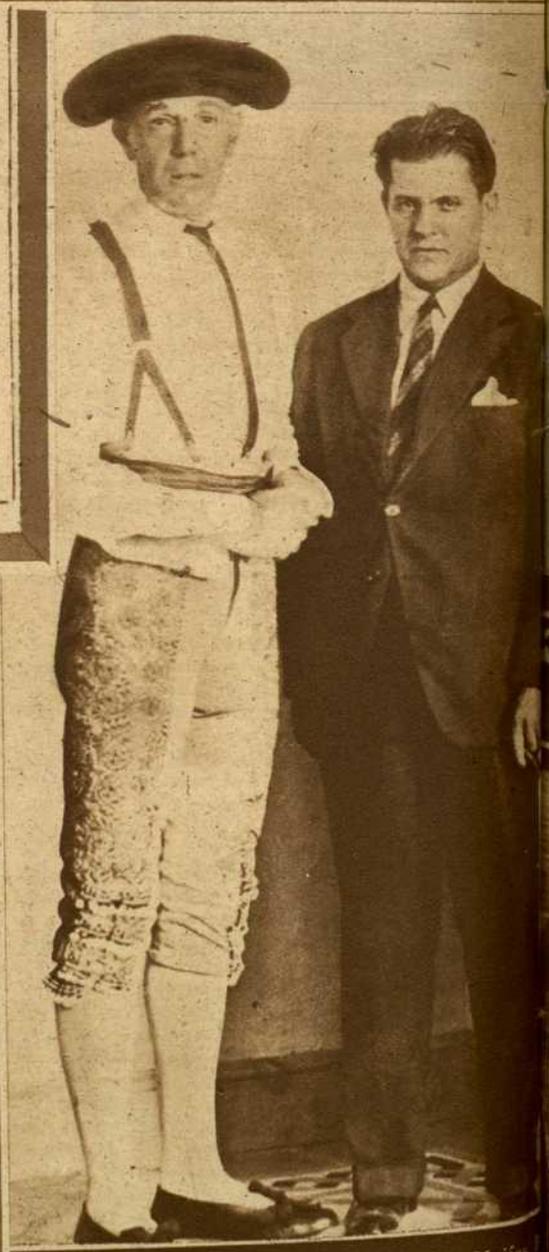
lo estiman todos los públicos, entregándose en aplausos rotundos y frenéticos.

Sin embargo, ha llegado el sino, y aquel gesto de preocupación del torero que con desgana se vestía de luces en el cuarto de un hotel de Cádiz, tiene en el pueblo de Manzanares una trágica realidad. Se anuncia la lidia de seis toros de la ganadería de Ayala por los diestros Sánchez Mejías, Armillita y Corrochano y el rejoneador portugués Simão da Veiga. El primero de lidia ordinaria coge a Sánchez Mejías al dar el segundo pase en el estribo.

El torero recibe gravísima cornada en una pierna, y fallece al día siguiente, a consecuencia de la herida.

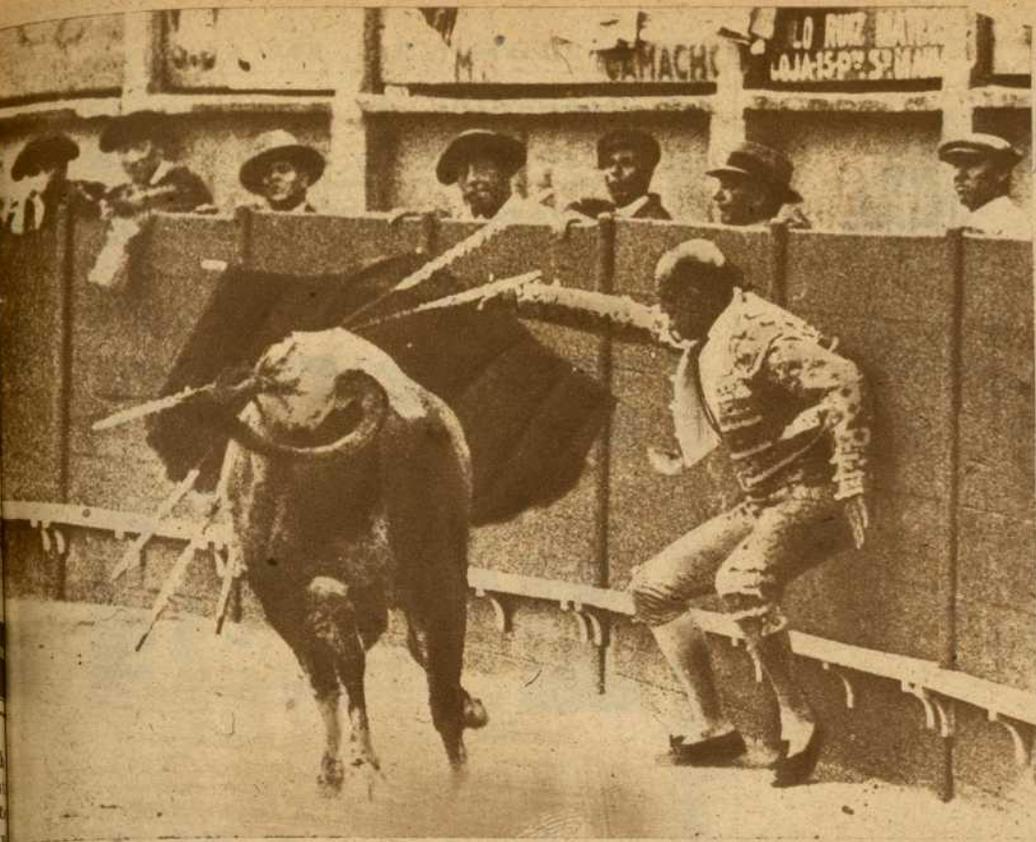


En su cuarto del hotel en Cádiz, Ignacio se viste el traje de torero en presencia de su íntimo amigo Gregorio Corrochano, la tarde de su reaparición



Otro excelente amigo de Ignacio Sánchez Mejías, Domingo González (Dominguín), le acompaña en esa tarde inquietante del torero cuando se viste de luces

OROPEL DESLUMBRANTE EL DEL TRAJE DE LUCES Y TRAGICA REALIDAD LA VIDA DEL TORERO



El prólogo de la tragedia. Sánchez Mejías, en un emocionante muletazo sentado en el estribo. Corrida de su vuelta al toreo en Cádiz. Al repetir este pase, un mes después en la plaza de Manzanares, un toro de Ayala le infirió una cornada mortal

Se llamaba el toro causante de la tragedia *Granadino*, y procedía su sangre de cruce entre un semental del conde de la Corte y una vaca de la antigua ganadería de Veragua.

Era negro, bragado, corniapretado y un poco bizco del ojo derecho.

En una plaza de pueblo sucumbió la vida y la majeza taurina de Ignacio Sánchez Mejías. Al reanudar su peligroso oficio en Cádiz vistió el traje de luces con parsimonia, perezosamente... La mirada del maestro en crítica taurina Gregorio Corrochano, como un símbolo, parecía concretar el porvenir del lidiador. Mirada entrañable, fraternal, compasiva... Avariciosa en su fijeza de algo que parece vamos a perder para siempre... Y así fué.

Dentro de unos días se cumplirán diez años de la muerte de este torero valiente y pundonoroso que al salir al ruedo de la Plaza de Manzanares, aquella tarde aciaga del 11 de agosto de 1934, pudo pensar con el poeta:

*Desde un principio presentí el fracaso,
y al vestirme de luces aquel día,
sudario funeral me parecía
mi chaquetilla de crujierte raso.*

En este aniversario próximo, nosotros tenemos un recuerdo emocionado para el torero valiente y en los labios una oración por su alma.

MIGUEL RODENAS



Ignacio Sánchez Mejías disponiéndose a hacer el paseíllo la tarde de su reaparición en la Plaza de Cádiz. Detrás, el gran banderillero Joaquín Manzanares (Mella)



El célebre par de la mariposa, encerrado en las tablas, suerte predilecta de Ignacio Sánchez Mejías, el gran torero que fué cogido de muerte en la plaza de Manzanares

Despedida de novillero de
LUIS MIGUEL, DOMINGUIN

RAFAEL MARTIN VAZQUEZ
y presentación del
NIÑO DE LA PALMA

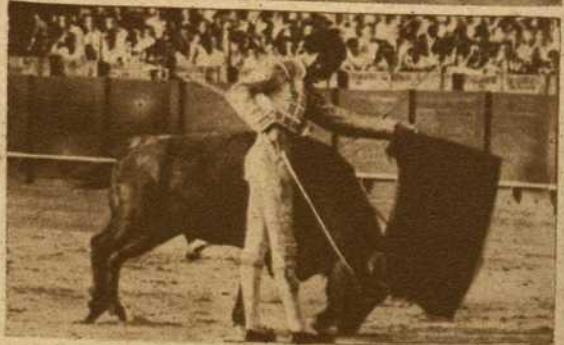


Los tres capades antes de hacer el paseo



A la izquierda:
Luis Miguel, Do-
minguín, después de
brindar la muerte
de su primer nov-
illo.—Abajo: un va-
liente pase de ro-
dillas y un tem-
plado pase de pecho
de Dominguin. Ra-
fael Martín Váz-
quez en una verón-
ica, y otro apre-
tado lance de capa
del Niño de la
Palma

(Fotos Luis Arenas)



De Cúchares al Ronquillo

LOS "VOCEROS"
DE LA FIESTA

Por EL BUÑOLERO



El popular Ronquillo, "vocero" número uno de la Plaza de Madrid



No recuerdo si fué Tano o Don Modesto quien en trance de definición dijo cierta vez que la fiesta de toros es, entre otras cosas, un diálogo.

Aclaremos nosotros en seguida que el principal interlocutor de esta conversación

no es el toro, ni siquiera el torero, sino el público. En cuanto un público, cualquiera que sea, adopta una forma semejante al círculo, se pone a charlar por los lados. Como ejemplos más claros y evidentes: el Parlamento y las Plazas de Toros. El público de toros dialoga indistintamente con los toreros, principalmente los picadores—con el presidente, o consigo mismo—, por medio de las discusiones y las broncas de tendido. Sus fórmulas expresivas que pudiéramos llamar articuladas—ya que su mímica es bien pobre y se reduce a agitar en la mano los papelitos de las localidades—, son principalmente: el rumor, el siseo, el franco berrido, las palmas y los pitos. El público, como tal fórmula colectiva, no articula palabras, y su lenguaje, en una incomparable gama de matices, se encierra en los cinco ruidos que acabamos de enumerar. Sin embargo, en algunas ocasiones ha llegado a pronunciar con bastante claridad la palabra «burros», mirando hacia los palcos. Antes, según dicen los antiguos—en toros los que han visto a Joselito ya se llaman así—, el repertorio era más variado y el público sabía decir: «otro toro», «caballos», «al corral» y cosas por el estilo.

El principal signo de expresión es, y ha sido siempre, el de las palmas y los pitos. Se dice hoy a este respecto que es más intransigente el público de sol que el de sombra. Aparte de que estaría justificadísimo que así fuera, sobre todo en los meses de julio y agosto, es el caso que se trata de una de las muchas falsedades que por ahí corren como si nada. Lo que ocurre es que el público de sol silba y el de-sombra aplaude. La explicación de este fenómeno es muy sencilla, y ustedes la van a comprender en seguida: el público de sol sabe silbar, y el de la sombra, no. Los de la solana son gentes sencillas que andan todavía cerca de la georgica y no han olvidado del todo su aprendizaje campesino. Saben silbar. A los señoritos de la sombra no les enseñaron a silbar en sus colegios de pago, y si alguno lo hacía por natural disposición y gusto, era severamente afeado en su conducta, ya que el hacer sonar el aire entre los labios se tiene, aquí en Madrid, por signo de mediana educación. Por eso la disidencia que estalla por igual en todo el ámbito de la Plaza no se advierte sino cuando el matador refule al sol en su vuelta discutido triunfo. El público de sol es, pues, más variado de sentimientos, más matizado en su expresión, más completo, en fin, que el de la sombra. Mientras los del 9 no aprendan a silbar, pasarán por demasiado complacientes, por gentes que hacen demasiado la vista gorda, y dicen a todo que sí. No basta, señores, con tirar al ruedo gorras blancas y pitillos rubios. Tampoco es suficiente que un señor, desde la contrabarrera, haga así con la mano depegando cuando pasan los de la vuelta al ruedo; es necesario aprender a silbar, si se quiere ser un público como es debido. Cuando algún día existan escuelas de públicos como las escuelas de toreros, una de las asignaturas obligatorias será la del chillido.

Pero no queremos hablar hoy de la voz del público como tal público, sino más bien de esas voces aisladas que surgen en los tendidos aprovechando los lapsos de la fiesta, sus momentos más silenciosos y desanimados. ¿Hasta qué punto estas voces individuales pueden tomarse como voz del público? He aquí una cuestión cuya gravedad y trascendencia sólo nos permite dejar apuntada.

El hecho es que los tales voceadores eminentes han existido en todo tiempo. Siempre hubo gentes que ganaron fama en las Plazas de Toros por su asiduidad en emitir juicios, chistes y soflamas. Recordemos a aquel aficionado de los tiempos de Cúchares—para que se vea que somos aficionados de verdad, y no como otros de cuatro días—, que cierta tarde en que el diestro andaba de cabeza con un Miura, le gritó:

—¿Qué tiempos aquellos, zeñó Curro!

Continuó la pesadísima faena y volvió a repetir la frase una y otra vez hasta que el Cúchares, amoscado, pidió una explicación.

—¿Qué tiempos han de ser, zeñó Curro—le respondió el chusco—, sino aquellos en que empezó usted esta faena?

La tradición no se ha interrumpido, y hoy ejerce esta magistratura en la Plaza de Madrid El Ronquillo desde la cuarta fila del tendido del siete. Por esta vez ha sido arrebatada esta preeminencia a los andaluces. El Ronquillo, conocido también por los nombres de Meriendas y Radio Cazalla, sin que a nosotros se nos alcance el porqué, es aragonés. Maño le dicen también algunos y, desde luego, la mayoría de sus intervenciones están matizadas de las características que adornan al Aragón del chascarrillo, que es una especie de Andalucía de pandereta. El Ronquillo es seco, duro, elemental y serio, aun cuando se permite el uso de la ironía. No gusta del chiste, ni busca el lucimiento personal. Se alza como un auténtico «vocero» en defensa de los intereses de la fiesta y no le importa encarrarse con el público. Tiene, naturalmente, muchos detractores, porque el público, que es medianía—es decir, resultado de muchas partes, media aritmética—, no consiente lo señero. Pero la voz del Ronquillo es tanto la voz del sentido común, la voz de la medianía, que no es raro ver convertirse su voz aislada en auténtica «voz pública», por la intervención subrayadora del aplauso público. Sin embargo, en esta conformidad vemos nosotros el peligro. La Plaza de Madrid necesita una voz alentadora, más fina y aislada; más señera, en fin, que la del Ronquillo, que le diga al público, no lo que ya sabe o siente, sino lo que debe saber o sentir.

No se olvide que al público, además de Manolote, le gusta discutir. Y en este sentido la función de los «voceros» la estimamos de mucha utilidad, sobre todo cuando la cosa en el ruedo se pone demasiado cargante. Pero el «vocero» auténtico, cuando haya lugar, ha de actuar a redopelo de la conciencia pública, si quiere en verdad levantar ampollas de discusión a la redonda de los tendidos. Otra cosa es el puro chiste, o la voz del sentido común. Muy distintas de la misión que asignamos a estos abogados de la discusión y de la discordia, sin la cual la fiesta no podría vivir.

De DOMINGUÍN a don Domingo González



SOBRE la historia taurina de Dominguí se han barajado muchas verdades y bastantes fantasías. Sus amigos, para realzar su prestigio, le fingieron una hipotética personalidad muy diferente de la cordial y simpática condición del ex torero de Quismondó. Sus detractores nos lo han pintado como un complejo de hosquedad y marrullería. Y en justicia, no hay nada de estos juicios tan desprovistos de verdad.

Fué un prodigioso esfuerzo de voluntad lo que hizo convertir al hijo del montaraz de «La Charpona» en un hombre de pro a fuerza de perseverancia y ahínco.

Torero o no, se hubiera abierto paso por la vida decidido a triunfar. Un día, sus encallecidas manos por el áspero contacto con el azadón y el arado liaron un liviano hato para emprender el aprendizaje de la tauromaquia en el sangriento noviciado de las capeas.

En Cadalso de los Vidrios vistió por primera vez el traje de torear, con las huellas de sangre de un banderillero del Algeteño, al que Domingo hubo de sustituir rápidamente.

—El mismo día que el más elegante de los toreros aragoneses—Florentino Ballesteros—caía herido de muerte en la plaza de Madrid, por un berrendo en castaño de Benjumea, hacía Domingo González su feliz presentación en la antesala madrileña de Tetuán de las Victorias.

—Pero fué en Barcelona—dice Dominguí—donde me revelé como torero. Mi debut en la plaza de la carretera de Aragón no estuvo acompañado por el éxito precisamente. Y en pleno abatimiento, cuando ya volvía los ojos hacia la casa paterna, recibí una llamada desde Barcelona para que fuera a tomar parte en una novillada invernal, que por entonces organizaba Eduardo Pagés. Tuve suerte de aprovechar la bravura de los dos bichos de Herrero Manjón que me correspondieron y aquella noche surgieron mis primeros admiradores.

Pronto empezó a decirse que imitaba a Belmonte. Ausente Juan, por entonces en tierras de América, resultaba que ni siquiera había visto torear al coloso de Triana. Lo mismo ocurría, pocos años después, con Joselito, al que sus adictos, alucinados por el afán de buscarle sucesor, creían verlo surgir, unas veces en Marcial Lalanda, otras en Granero y hasta en su cuñado Sánchez Mejías.

Y así siguió mi historia, arribando al puerto feliz de la alternativa, que en la misma corrida recibimos el malogrado Varelito y yo de manos del inmarcesible Joselito.

Dominguí interrumpe su relato, solicitado por una llamada telefónica hecha desde La Coruña. Por las frases sueltas que escucho, sin pretenderlo averiguo que anda relacionada con los preparativos del doctorado taurino del menor de la dinastía.

Domingo, tras de cursar ciertas órdenes a un empleado y de hurgarse inútilmente todos sus bolsillos en la busca y captura del encendedor, enhebra la conversación diciendo:

—Empecé a los diecisiete años, y cuando frisaba los treinta y uno, sin previo aviso y sin espectaculares despedidas, me retiré, toreando mi última corrida en Toledo, llevando aquella tarde de compañeros a Sánchez Mejías y a Gitanillo de Ricla.

—¿Qué motivos le movieron a retirarse?

—Verá usted. Joselito, para mi gusto el de más dominio y amor propio, tenía esta sentencia, exacta como todas las suyas: «A los veinte años, el torero puede con los toros; a los veinticinco, lucha con los toros; a los treinta, los toros pueden con él».

—Gran verdad, amigo mío. Hablemos ahora sobre las modas actuales en el toreo.

—Hoy el público exige que se toree erguido y parado a todos los toros, sin tener presente la clase de enemigo que el torero tenga delante. Y se ha llegado a torear a una distancia tan inverosímil, que ni aun terreno se deja al toro para que pueda desenvolverse.

Belmonte trajo el patrón del toreo contemporáneo. Llegó Ortega y lo perfeccionó, y si Juan precisaba diez muletazos para alcanzar su dominio, al de Borox le bastó con la mitad de pases para conseguirlo. Después ha venido Manolete, prodigando la mano izquierda, acortando distancias y echando tanto valor como elegancia.

—Lo que hoy vemos hacer, ¿podría lograrse con los toros de épocas pretéritas?

—Las buenas figuras del toreo, creo que lo mismo lo harían con el toro de treinta arrobas que con el de veintidós. Además, es posible que el estilo de torear que hoy priva no pudiera realizarse con toros de gran peso, por el peligro de que acabarían asfixiados en el primer tercio de la lidia.

—¿Le complace que sus hijos hayan derivado por su misma trayectoria?

—Mientras se trató de jugar a becerristas me agradaba. Ahora ya no es lo mismo y ni aun a mi mayor enemigo le deseo, no que le salieran tres hijos toreros, sino uno tan solo, para averiguar lo que son sufrimientos y sobresaltos.

—Como padre de tres toreros, ¿cuál ha sido su mejor momento y el de mayor amargura?

—El más acibarado lo experimenté a raíz de la presentación de Domingo y Pepe, en Madrid, con dieciocho y dieciséis años, respectivamente. Con tal saña y oposición fueron acogidos, que para buscar el desquite hubo que sacarlos al jueves siguiente con una corrida de Miuras que salió a 315 kilos. Los chicos pudieron con ella y dieron tres vueltas al ruedo. Los cuatro días que mediaron, desde el domingo al jueves, sufrí más que en toda mi época de torero. En cuanto a los mejores momentos, hasta ahora lo han sido, la faena y la estocada que dió Domingo a un toro de don Atanasio Fernández, el 5 de octubre del año pasado, así como también la tarde de la presentación de Luis Miguel en Madrid.

A este punto llegada nuestra plática, Domingo, muy discretamente, sacó el cronómetro y me invitó a continuar la charla en un colmado de los aledaños de la plaza de Santa Ana, donde su habitual tertulia tiene su sede.

F. MENDO



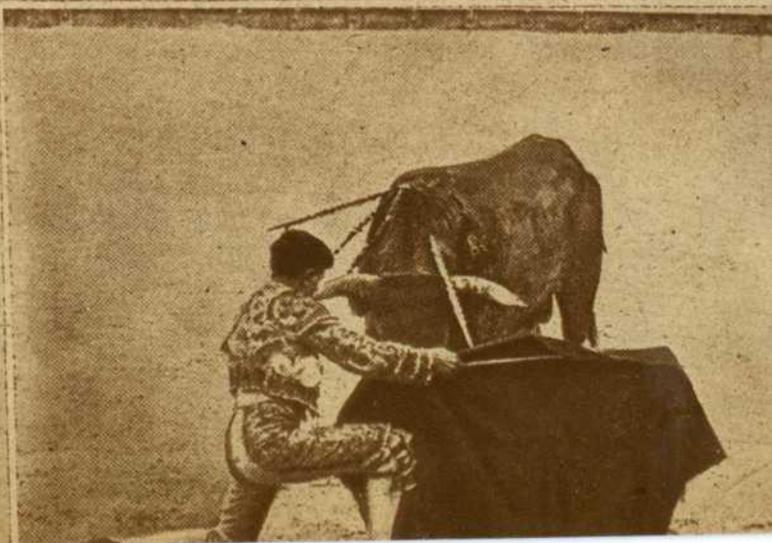
Domingo González rematando un quite



Un pase de pecho el día de su alternativa



Des momentos de Dominguí en su época de novillero.—A la derecha: Alternativa de Dominguí, dada por Joselito en la Plaza de Toros de Madrid

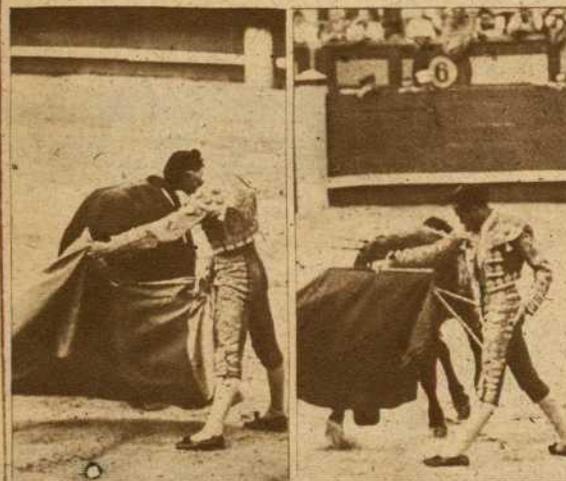


LA NOVILLADA DEL MARTES EN LA PLAZA DE MADRID

Sels de Ignacio Sánchez para Peris, Gallito chico y Manolo Cortés

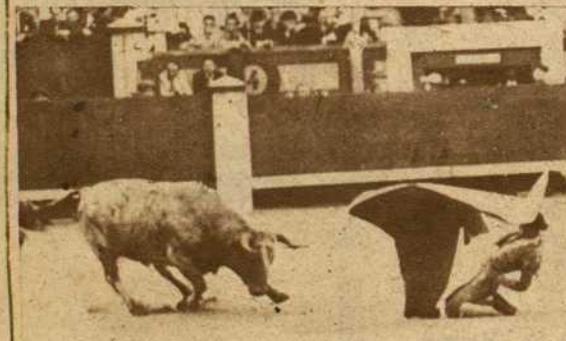


Peris, Gallito chico y Manolo Cortés, momentos antes de salir a la Plaza

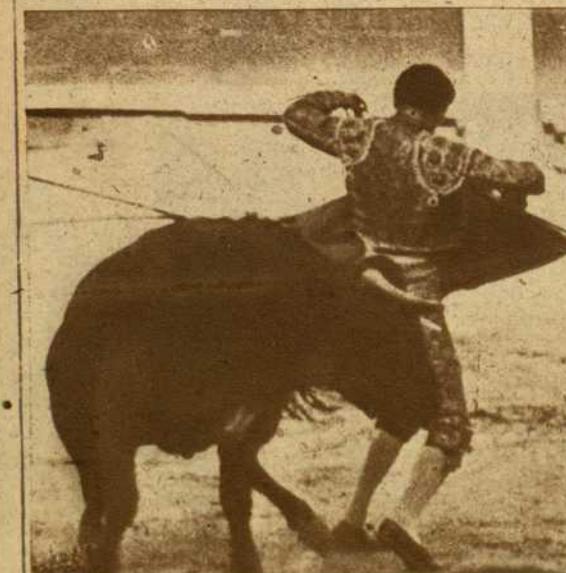


Peris toreando de capa

Un muletazo de Gallito



Manolo Cortés en una larga cambiada de rodillas



Un molinete de Peris en la novillada del martes en Madrid. (Fotos Baldomero.)

UN DIA DE SAN EUGENIO...

RAQUEL MELLER

habla, para EL RUEDO, de la fiesta de Toros

La tragedia del torero que no existió



UNA vez más, Raquel vuelve a situarse bajo el haz de los reflectores en la vuelta en las estrofas de «El Relicario», cartel de toros sin toros, para cantar la tragedia del torero que no existió.

A sa e t eada por la curiosidad de su público y de aquellos que no la vieron nunca, si bien percibieron el eco de su leyenda, aparece como la última maja de un tiempo que se desvaneció en el couplet y que fué el gran ético de su época.

Me dirijo hacia el camerino de Raquel. La artista descansa después de su actuación. Flores, trajes de escena, perfumes caros, baúles deshechos, un suntuoso juego de tocador de plata que recorriera con ella el mundo colaborando íntimamente con su belleza; el camerino de una gran estrella, en fin, se muestra en todo el pintoresquismo de su ambiente fabuloso.

Al exponerle a Raquel mi deseo de hacerle unas preguntas sobre nuestra fiesta nacional, abre asombrada sus ojos inmensos. Sin embargo, accede condescendiente a la amistad y a la admiración que siento por la Revista EL RUEDO.

—Con su autorizada opinión sobre todo cuanto al arte se refiere, ¿cuál es ésta en relación con la fiesta nacional?

—Mi autorizada opinión, como dice usted, no me autoriza a emitir un juicio temerario sobre tema tan desplazado de mis actividades. Pero sí puedo decirle que me impresionan su vistosidad y esa amalgama de valor y crueldad tan perjudicial para el toro. Creo, sinceramente, que el papel que juega éste es el más importante. Y en ocasiones, su nobleza, digna de mejor suerte que aquella a que su destino ha sido sometido.

—¿Qué torero ha sido, a su juicio, el que más cerca estuvo de las estrofas de «El Relicario»?

—Todos, sin excepción, pueden estarlo. Es cuestión de un ligero desquido...

—¿Cómo se ambientó usted para lograr la impresionante realidad de su más popular creación?

—Como española no necesité ambientarme. El ambiente lo llevaba yo en mi figura, en mis ademanes y en mis gestos. ¡Llevo tan dentro España!

—¿En qué país y en qué fecha estrenó usted «El Relicario»?

—En Buenos Aires y en el año 1921. Estaba ya cansada de ver a las acupleteras acompañar con castañuelas la muerte del torero, y decidí concederle toda la dignidad que únicamente un arte como el mío podía imprimirle. Desde entonces interpreto «El Relicario» en todas mis actuaciones.

—¿Y desde entonces...?

—Sólo sé que «El Relicario» se popularizó en el mundo entero. La voz de Rodolfo Valentino se halla impresionada en un disco en que interpretaba mi canción.

—¿Frecuenta usted las corridas de toros?

—Ya sabe usted que he residido muchos años en París y allí no es fácil asistir a este espectáculo. Sin embargo, no como aficionada, sino como curiosa, he asistido a algunas corridas de toros cuando venía a España.

—¿Existe algún torero actualmente que merezca el gesto de usted en el final de «El Relicario»?

—Eso depende de ellos, naturalmente. Sin embargo, el precio de mi gesto, ¡no lo encuentra usted algo elevado! Las corridas de toros han ganado en técnica, pero perdieron su primitiva feroz, y por lo tanto el salvaje interés que llevaba a las gentes a emocionarse en un espectáculo que yo sintetice en aquellas estrofas.

Cuando finaliza la entrevista, Raquel Meller dedica gentilmente a EL RUEDO la fotografía del cuadro que le hiciera un célebre pintor, ataviada como maja rambosa en un día de San Eugenio, y al contemplarlo comprendemos por qué el capote de su torero se extendió más allá del lindo pie que convirtió al mundo en un capote de paseo.



A la Revista "El Ruedo"
Raquel Meller

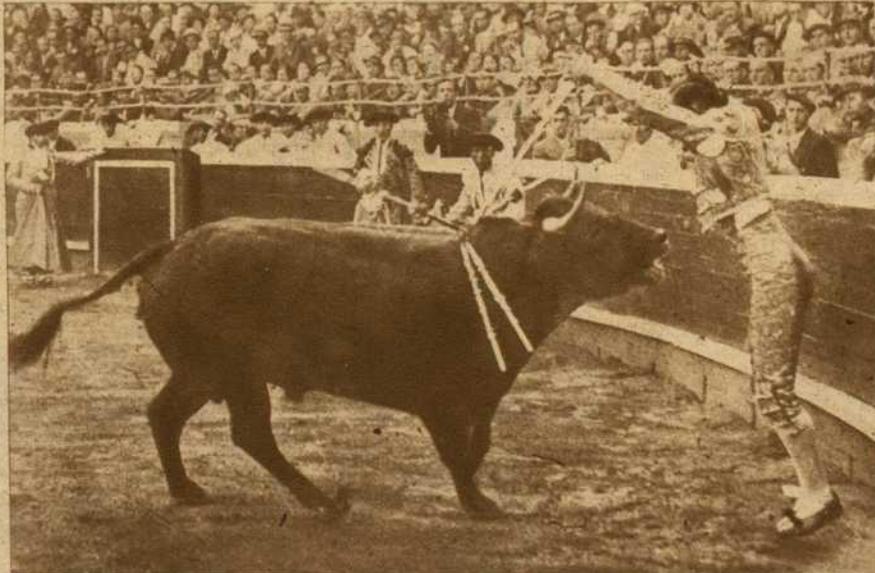
JOSE ENRIQUE DEL BUEY

TEMAS TAURINOS

MIENTRAS EL TORO NO SE CAIGA...

Por FELIPE SASSONE

SEGUIREMOS banderilleando. Y el toro no lleva trazas de caerse: cosa rara en estos tiempos; se trata de un toro de verdad. No es que sea un ejemplar de los que arrancan aplausos a la salida del toril; pero tampoco es una mona. Poco más o menos pesará 450 kilos; lo que habrá de arrojar en canal unas veinticinco arrobas, más o menos también. Un toro decoroso, si no es muy improprio el adjetivo. Voluntario en varas, ni derrotó delante del caballo con apariencias de bravo sólo para quitarse el palo, ni



volvió los cuartos traseros hacia la cabalgadura tirando coces después del puyazo. Pero tampoco se durmió bajo la cincha del jaco ni recargó con codicia. Le dieron dos puyazos en un brazuelo; se resintió de las patas delanteras; el público empezó a gritar, y el presidente cambió la suerte. De todas maneras le faltan dos puyazos que le hicieran sangre en el morrillo, porque aunque está débil de patas, repito, es grande de cabeza, descarado de pitones, tiene fuerza en el cuello y probablemente se va a defender. Pero el presidente cree que lo que no se fué en lágrimas ha de irse en suspiros, y seguimos banderilleando. Los arpones no habrán de castigarle, no le sangrarán lo suficiente, no podrán ahormarle, y, por el contrario, contribuirán a descomponerle más la cabeza y harán que llegue en malas condiciones a la muleta del matador. La suerte será completamente inútil; pero el presidente no cambia el tercio, es decir, el cuarto..., ¡y qué le vamos a hacer! Como el toro está en el tercio, aplomado, y aguardando el viaje del banderillero, embestirá sólo cuando lleguemos a jurisdicción, poniendo la cabeza por delante, y nos perseguirá un poco en cuanto se sienta herido. Si precisamente porque se tapa cuando levantamos los brazos nos vemos obligados a salir en falso, a pasarnos sin clavar, corremos el riesgo, por salvar nuestra pelleja, de enseñarle lo que no sabe y hacerlo de sentido. Hemos de banderillearle pronto, para que dure lo menos posible la suerte inútil y servir así a los intereses del matador, que es nuestra obligación. Nos colocaremos casi en los medios para banderillar de fuera a adentro, en el terreno normal, que es lo más fácil, porque, además, estando en los medios, o en sus inmediaciones más o menos, parten de nosotros los radios hacia todo el círculo y así tendremos toro casi siempre en todas partes. Cuando la res, por no ser mansa de solemnidad, de las que huyen escapadas hacia los medios, tienda a buscar el refugio de las tablas, no pudiendo banderillearla al sesgo porque nos aguardaría para cortarnos el viaje, podremos hacerlo por dentro, fingiendo ante el público una exposición que no existe en la suerte. El toro cerrado en tablas a unos dos metros, aun hasta a un metro cincuenta de ellas, ligeramente atravesado de fuera a adentro, no intentará romperse los cuernos gematando contra la valla; no podrá hacerlo, aunque lo intente, porque por seguir nuestro viaje, sin espacio suficiente para desarrollar su velocidad, se escozará tan sólo, torciendo el cuello, y nosotros aprovechando de nuestro menor volumen y de tener un eje vertical, mientras él lo tiene horizontal y sólo puede haber movimientos de traslación que requieren un espacio de que carece, lograremos pasar, mientras entre barreras un capote prevenido le avisará inmediatamente después de que hayamos clavado, distrayéndole para que no nos persiga. Este par de banderillas les parecerá maravilloso a los incautos, cuando en verdad no tiene gran mérito. Porque vamos a decir de una vez, y a sentarlo como axioma, que en la suerte de banderillas, como en la de matar, como en todas aquellas en que el lidiador ha de tomarse la salida, lo más difícil, lo más expuesto y, por consiguiente, lo más meritorio, es lo que hace el torero tomando los terrenos de fuera. Por eso el par al sesgo es lo supremo y lo definitivo. Claro está que en este caso podremos banderillar también de dentro a afuera, aprovechando de que el toro está aplomado; pero lo haremos a media vuelta y la suerte no tendrá importancia. Sea como fuere, con este toro no podemos andarnos en dibujos ni retardar la suerte para ejecutarla a nuestro gusto con lucimiento y belleza. Lo que importa es banderillar pronto. Cuando lo hagamos de fuera a adentro, por el terreno normal, describiremos en el viaje, la curva del cuarteo; pero no banderillearemos precisamente al cuarteo, sino recortando, pasándonos, metiéndonos en los costillares del toro, para clavar volviéndonos y alargando los brazos, y cuando lo hagamos a la carrera por los terrenos de dentro, tampoco cuadraremos en la cabeza ni levantaremos los brazos, con lo que siempre habrá de faltarle a la suerte plasticidad y exposición. Lo único que importa en este caso, no nos cansemos de repetirlo, es clavar pronto, sea como fuere, para que el presidente cambie la suerte que alarga queriendo remediar inútilmente con las banderillas inútiles los dos o tres puyazos que faltaron. Si el toro estuviera en otras condiciones más ágil, es decir, menos aplomado, banderilleáramos al cuarteo propiamente dicho, de frente, que es todavía mejor, al quiebro o de poder a poder. Pero con este toro no es posible, y hemos de aguardar a que nos salga otro en buenas condiciones, y mada el corazón que eso va a ser en la próxima corrida; es decir, en el próximo capítulo.



SEIS de MONTALVO para ORTEGA, EL ESTUDIANTE Y MANOLETE, el día de Santiago, en TUDELA



Ortega, El Estudiante y Manolete, preparados para hacer el paseillo



Domingo Ortega toreando de capa



El Estudiante en un adorno durante la faena a su segundo toro



Un pase característico de Manolete

(Fotos Marín Chivite)

Treinta y seis años de sustos

ANTONIO CADENAS
lleva clavados cinco mil
pares de banderillas



Cadenas, el excelente banderillero, visto en San Sebastián

El segundo tercio se ha puesto de moda. El público de la Plaza de Madrid ha sacado los pañuelos anticipándose a pedir la oreja para un matador de toros cuando éste acaba de clavar una tanda formidable de pares de banderillas.

Ese tercio que los aficionados—los espectadores, mejor dicho—en las corridas de toros venían enterrando en la indiferencia, ha sido, de pronto, galvanizado por obra y gracia de un torero mejicano.

La actualidad ha puesto de moda la suerte de banderillas. Y para servir a la actualidad hemos querido que hablara para EL RUEDO uno de los rehileteros más veteranos: Antonio Cadenas. Uno de los impares toreros que tienen aún el gusto y el regusto de gastar una auténtica coleta. Le sorprendemos cuando el limpiabotas abrillanta sus botines flamencos.

—¿Ha visto usted—le preguntamos—a Carlos Arruza?

—Sí. Le vi en Lisboa. Es muy buen banderillero y no me extraña el alboroto que ha armado.

—¿Cuántos años lleva usted de banderillero?

—Treinta y seis. Sali, por primera vez, con Demetrio Gil, Burgalés, y estuve luego colocado con Valencia I, con Alé, con Domingo González, Dominguín, con quien estuve cuatro años y al que puedo decir que yo enseñé a ser torero; tres años con Nacional II; cuatro con el chato Valencia; diecisiete años con Marcial Lalanda, y desde

que éste se fué, hasta ahora, con Domingo Ortega.

—¿Cuántos pares de banderillas ha clavado?

Cadenas medita unos instantes. Saça un lápiz, nos pide una cuartilla y tras una serie de sumas, restas y multiplicaciones, nos dice:

—Cinco mil pares de banderillas. Tal vez alguno más.

—¿Y percances?

—He tenido veinte cornadas. Casi todas al salir de la suerte. La primera fué en Soria; una cornada en los riñones. El año 25, en Barcelona, un toro me partió la femoral, se me presentó la gangrena y estuve siete días agonizando. La última cogida fué doble. El 28 de agosto del 31, en Linares, recibiendo dos cornadas.

—¿Qué par de banderillas es más fácil para usted?

—Al cuarteo. A mi edad, al cuarteo domino más al toro. Al sesgo y de dentro afuera hace falta tener mucha fuerza en las piernas.

—¿Cuál es el más difícil?

—Eso depende de las facultades de cada banderillero.

—¿Y el par más fácil?

—Lo más fácil en banderillas es lo que el público admira más: el cambio.

—¿Tiene afición el público a las banderillas?

—Antes sí se daba gran importancia a esta suerte. En la actualidad se la menosprecia. Antes los banderilleros procurábamos lucirnos, buscar el aplauso, complacer al público. Ahora se banderillea a gusto del matador, que sólo quiere lo hagamos con la mayor rapidez. Por eso entramos de cualquier manera, esté el toro en suerte o deje de estarlo.

—¿Cuál es el mejor banderillero que usted ha conocido?

—Para mi gusto, el mejor fué Morenito de Valencia. El pobre compañero a quien cegó en San Sebastián un toro de Miura, yendo con Varelito. Murió a causa de aquella cornada.

—¿Y de los matadores? ¿Quién de ellos ha sido el mejor banderillero?

—De los que yo he conocido, Quinito, Fuentes, Gaona y Juan Armillita. El más elegante de todos, Quinito. El de más calidad, Fuentes. Gaona y Armillita eran, como son todos los mejicanos, banderilleros excepcionales.

—¿A qué se debe que los toreros mejicanos sean tan buenos banderilleros?

—Los mejicanos—yo he hecho en mi vida de torero siete viajes a América—banderillean mejor que los españoles porque allí gusta sobremedida esa suerte. Y en el aprendizaje en las escuelas taurinas, ante el carro, ensayan y se hacen grandes artistas.

—¿Por qué no banderillean todos los matadores?

—Francamente, porque no es su obligación. Las banderillas en manos de un espada son un recurso, muchas veces, para taparse. Yo no digo que los matadores de toros que cogen los palos sean malos toreros. Ahí estaban Gallito y Manolo Bienvenida, que banderilleaban; y ahí está Pepote. Pero los grandes toreros, Belmonte, antes, y Domingo Ortega y Manolete, ahora, dejan que nosotros cumplamos nuestro oficio de banderilleros y ellos se aplican al suyo de muleteros y matadores.

—Entonces, a usted, ¿no le gusta que el matador banderillee?

—A mí no me gusta.

—La aparición de Carlos Arruza, ¿cambiará la afición de los públicos hacia el segundo tercio?

—¡Ojalá! Que de nuevo el banderillero pueda realizar su obligación dejándose ver, corriendo al toro, levantando los brazos y tasomándose al balcón.

El domingo, en San Sebastián

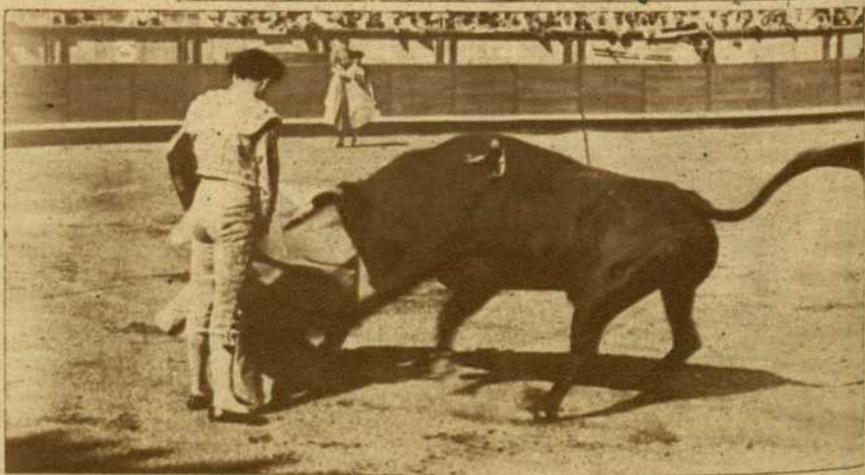
Seis novillos de Albarrán para Pepín Martín Vázquez, Parrita y Aguado de Castro



Arriba: Parrita, Aguado de Castro y Pepín Martín Vázquez, al frente de sus cuadrillas, hacen el paseillo.—A la izquierda: Las bellas señoritas que presidieron la novillada.—Abajo: Aguado de Castro remata su quite al tercero de la tarde con una templada y cenida media verónica



A la derecha: Parrita dando un de echazo a su primer novillo.—Abajo: Pepín Martín Vázquez toroando por verónicas al cuarto novillo (Fotos Marín)



ENCARNADA Y BLANCA ES LA DIVISA...

Del tributo de unos diezmos nació la Ganadería de Veragua

La fundó don Vicente José Vázquez, y el rey Fernando VII fué el segundo de sus propietarios



Fernando VII



1790. Ya tiene su ganadería el sevillano don Vicente José Vázquez.

Buena casta. Reses del marqués de Ulloa, de Becker y de Cabrera—la flor y nata del señorío ganadero de Utrera—forman la camada. Pero don Vicente José Vázquez quiere una crusa con el ganado de Vistahermosa. Pelotas de peluche parecen los toros por lo chicos y lucidos; pero ahí está la fama progonando que se comen al mundo de valientes. Don Vicente José Vázquez agota todos los recursos para que Vistahermosa le atienda. Ni amistades ni ducados abren paso al avenio. Hay un solo camino de trocha, solapado e infalible, y por él echa a andar don Vicente José Vázquez con la voluntad en tensión: arrendar los diezmos en aquella parte diocesana de Sevilla en que tiene su patrimonio Vistahermosa.

Y un día un golilla notifica al conde la necesidad de una comparecencia.

—Llevo los diezmos, conde—le dice don Vicente

José Vázquez—, y me debéis el tributo a que os obliga mi calidad.

—Así será, por cuanto que la ley está de vuestra parte—responde Vistahermosa con meditada compostura.

Porq' hay entre el apremio y la cortesía una laguna de recelos. De la parte allá del río, como el que busca y no halla, anda oteando la dehesa Gabriellillo el de los Rosales, a la cuenta de informar a don Vicente José Vázquez de cualquier movimiento mal hecho en el mover y cambiar la punta de ganado.

EL ORIGEN DE UNA CASTA. COMIENZA EL PAGO DEL TRIBUTO

Se había dicho a las once de aquel día abrilero, lleno de sol y de azul, y a las once andaban ya por los linderos de la dehesa, de una parte don Vicente José Vázquez, con sus conocedores, cabestraje y criados, y de la otra, el conde de Vistahermosa con su gente. Pocos saludos de cortesía, porque cuando el campo y el cielo son acostón y dosel del encuentro de los hombres con un «¡A la paz de Dios!» basta.

—¡Moved el ganado de esta parte—ordena el conde—y que los hombres de Vázquez escojan los becerros!

—¡Y apartad asimismo las becerras que convienen al tributo!—opone Vázquez, clavando sus ojos cargados de sol en los del conde.

Se corren, conocen y separan unos lotes de hembras y machos añojos, y el conde los ve marchar, al fin, tras la cansina autoridad del cabestraje y vuelve la espalda sin violencias, con naturalidad de quehacer, a Vázquez y sus hombres.

Varios años continúa tributando Vistahermosa del arca entrañable de su ganadería, y Vázquez nutriendo la suya con fervor de iluminado.

TIENTA Y TRASLADO

La tienta le da un buen lote de reses de calidad. De arrancada larga y alegre, de emparejamiento codicioso hasta sacar en el hocico el olor del alma del caballo. Hasta sumar ciento cincuenta animales de nota, la casta de Vistahermosa permanece distante de la camada utrerana. Mezcladas ya, pasado algún tiempo, se unifican las señales y el hierro... ¡y a pregonar por esas plazas, como trompeteros de justa, el desafío de la divisa encarnada y blanca!

EL REY FERNANDO VII, GANADERO

En 1830 muere don Vicente José Vázquez y ninguno de sus deudos quiere campar y criar toros. Se pone en venta la vacada. Y el rey Fernando VII se presenta antes que nadie a escoger, por mano de don Fernando Criado Freire, con poderes especiales.

Hay tienta previa condicional. En el cerrado sevillano de Casaluenga los famosos picadores Sebastián Miguez, nombrado conocedor oficial de la vacada, y Curro Sevilla, echan por delante con sus garrochas a casi todas las vacas. Dan, en fin, parabién de buenas a cuatrocientas de ellas, a cien más paridas y con rastra—que ya fueron tentadas de utreras—; a cien erales y treinta y cuatro cuatrosños, y con la piara en lotes compactos y a trechos de medio kilómetro, salen de Sevilla en un anochecer de junio, camino de las riberas húmedas de Aranjuez.

Jornadas agobiadoras, lentas y avizo-

rantes. Siguen el curso de los ríos y las vegas anchas y hacen hatos, con el cabestraje, los caballos y las hondas a punto, cuando el sol empieza a pintar puñales de plata en las aguas de los ríos. Las noches de verano, con lunas luneras, son buenas para la marcha. Los toros no se arrancan sobre sus sombras y no hay ser humano, extraño al cortejo, sobre el que puedan arrancarse. Así y todo, en un amanecer de julio los hijos de Ginés Moragas, el de Vilches, se quedaron sin padre.

EN LOS PRADOS DEL JARAMA. NUEVA TIENTA

Ya está la ganadería real en las riberas del Jarama. Agosto va por su mitad. El rey Fernando recibe un informe completo de la expedición y acomodo definitivo de las reses, y con el informe un consejo torpe o malintencionado.

—Es de temer, señor, por el éxito de la compra. Las vacas muestran una apacibilidad muy sospechosa—le dice alguien.

Y el monarca, preocupado, decreta que se proceda a una nueva tienta. Así se hace, en presencia de conocedores y gentes del mundillo de los toros madrileño. En un lugar del cerrado, don Pedro Colón, duque de Veragua, sigue con gesto de mal humor las operaciones. Y el rey Fernando recibe este informe:

—El ganado es bravo, señor. Sólo cuatro vacas han sido desechadas, y eso a cuenta de muy prolija discusión.

DON PEDRO COLÓN, SALVADOR DE LA CASTA

En 1831 es nombrado director de la real ganadería el también ganadero don Manuel Gaviria. No es bien recibido este nombre entre los que reputan como intangible la sangre vazqueña. ¿Qué planes trae este hombre? ¿Qué rumbo le hará seguir a la genealogía de la camada?

Unos meses después del nombramiento, en la primavera de 1832, en un severo despacho ducal se entabla el diálogo histórico que ha de ser como el cauce por donde la sangre vazqueña circulará limpia y pura.

—Gaviria ha dispuesto ya la crusa, señor duque—dice Miguez, el conocedor oficial—. Además de nuestros sementales, han de padrear en las vacas seis toros de la suya y cuatro de la de don Julián Fuentes, de Moralzarzal.

—¡Pero es que esto acabará con una casta noble y brava!

—La mejor de España, señor duque.

—Pues debemos impedirlo, conocedor. Alzate cautamente del propósito. Cubre cien vacas con toros de Gaviria y de Fuentes y sepáralas de por vida. Y en la sazón, marca a las crías con señal secreta y distinta. Ya especificaremos esta señal, que tú y yo solamente debemos conocer. ¡La sangre vazqueña no debe perderse, conocedor, y en tus manos está que no se pierda!

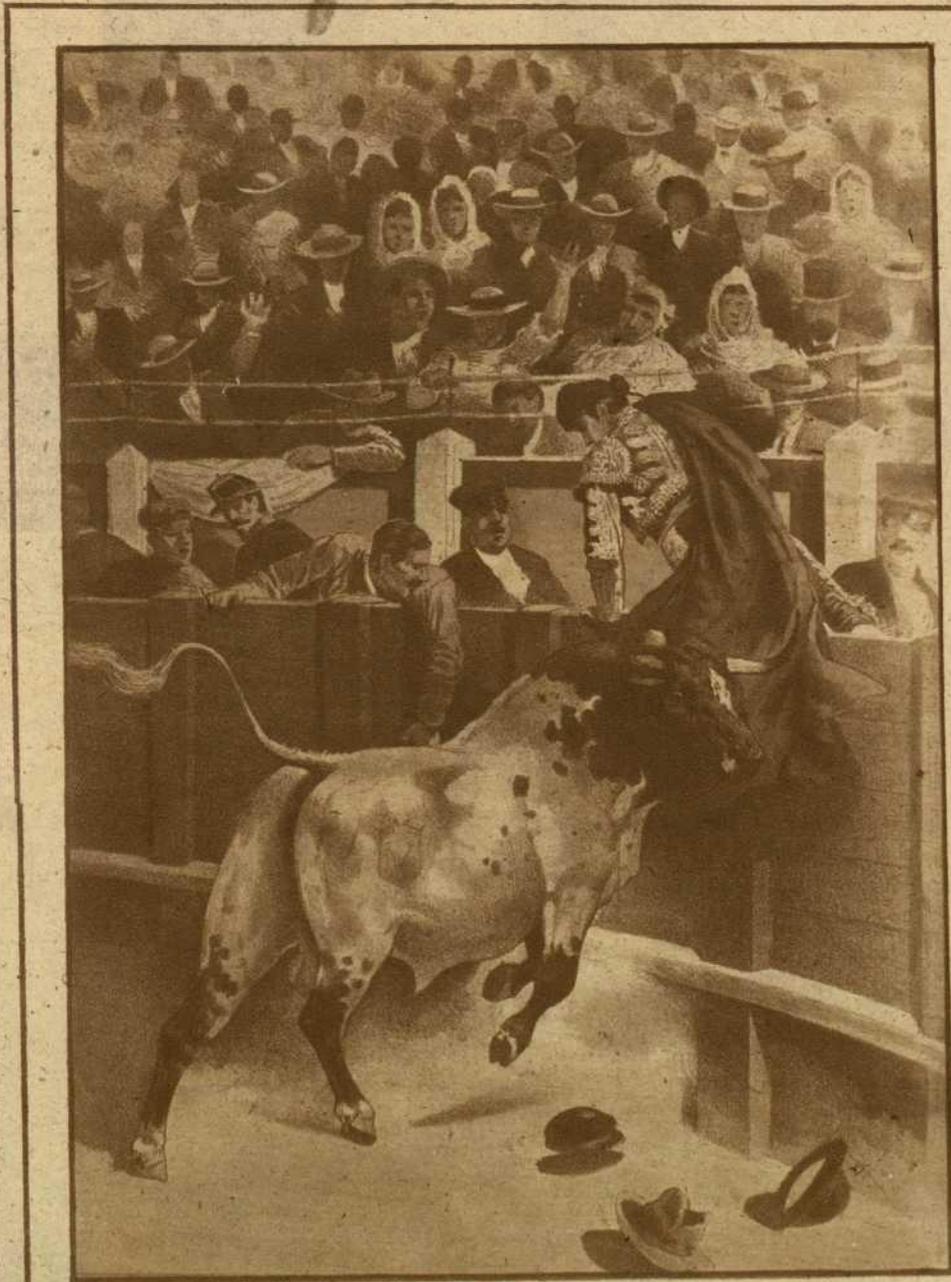
En 1833 muere Fernando VII. No empece la complicada situación de la política del Estado para que en Palacio haya largos apartes dedicados a tratar de la ganadería. Se hace la tienta de 1834, y la propia reina-gobernadora, rodeada de damas y dignatarios de la Corte, la presencia con interés. Pero en 1835 la reina decide desprenderse de la preocupación del negocio de la ganadería y anuncia que la enajena.

Instantes les faltan a los duques de Veragua y de Osuna para adquirirla sin titubeos... y siguiendo la orientación de aquella señal secreta pactada un día con Miguez en un despacho ducal. Compran pues, únicamente las reses de sangre vazqueña. Todas.

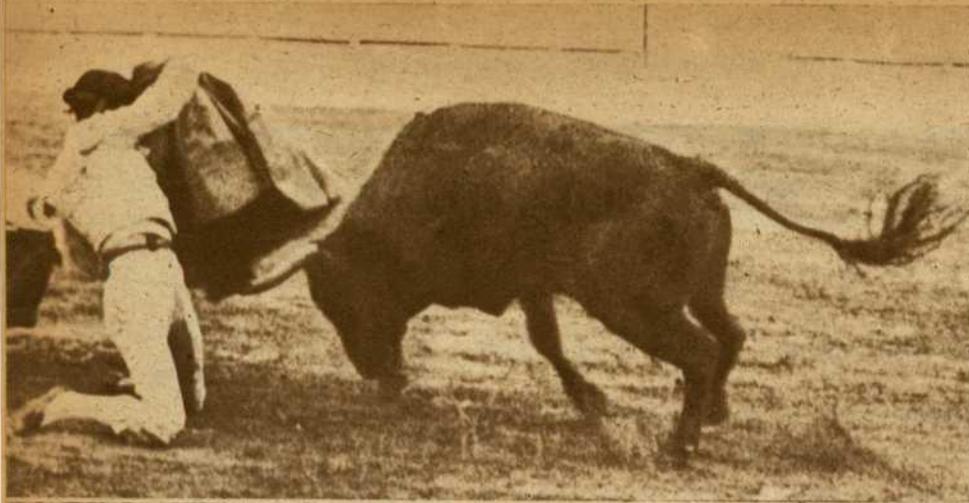
Del duque de Veragua, dueño absoluto de la vacada desde 1849 a 1866, pasan los toros, en herencia, a don Cristóbal Colón, su hijo, duque de Veragua, almirante y adelantado mayor de Indias.

Hasta la muerte de aquél, la divisa encarnada y blanca ha conservado íntegramente sus primitivas características; a partir de la gestión de éste, la vieja sangre vazqueña recibe, en intercambio, el refresco de la sangre de Miura... Y en el transcurso de los años tiene en pelo, en bravura y en trápío fluctuaciones parejas con el interés y el desánimo, las ausencias y las atenciones de su propietario. Los toros comen los pastos y respiran los aires de entrambas Castillas y conocen de los cuidados de técnicas dispares...

ANTÓNIO MORILLAS



Toro del duque de Veragua rematando en las tablas. (De Perea.)

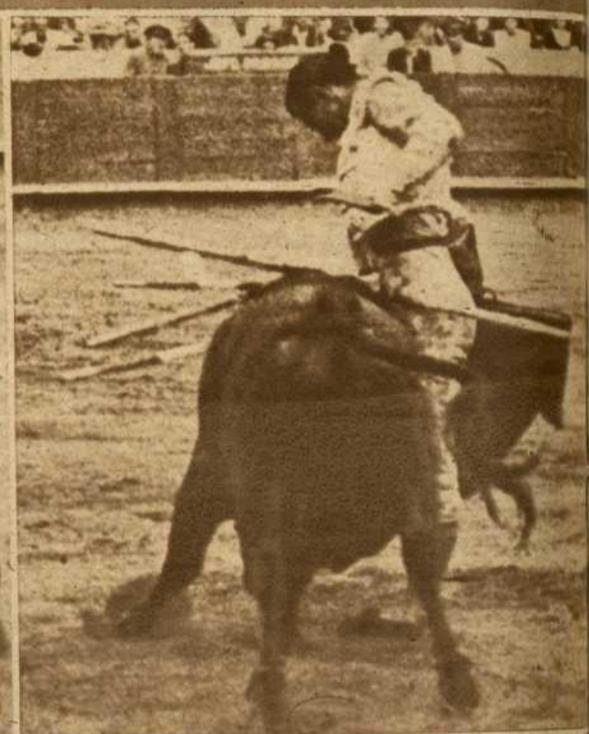


EL DIA DE SANTIAGO EN BARCELONA

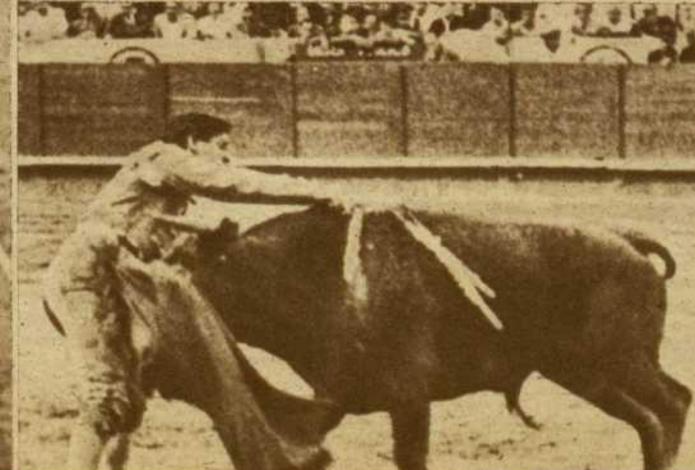
Presentación y triunfo de Carlos ARRUZA

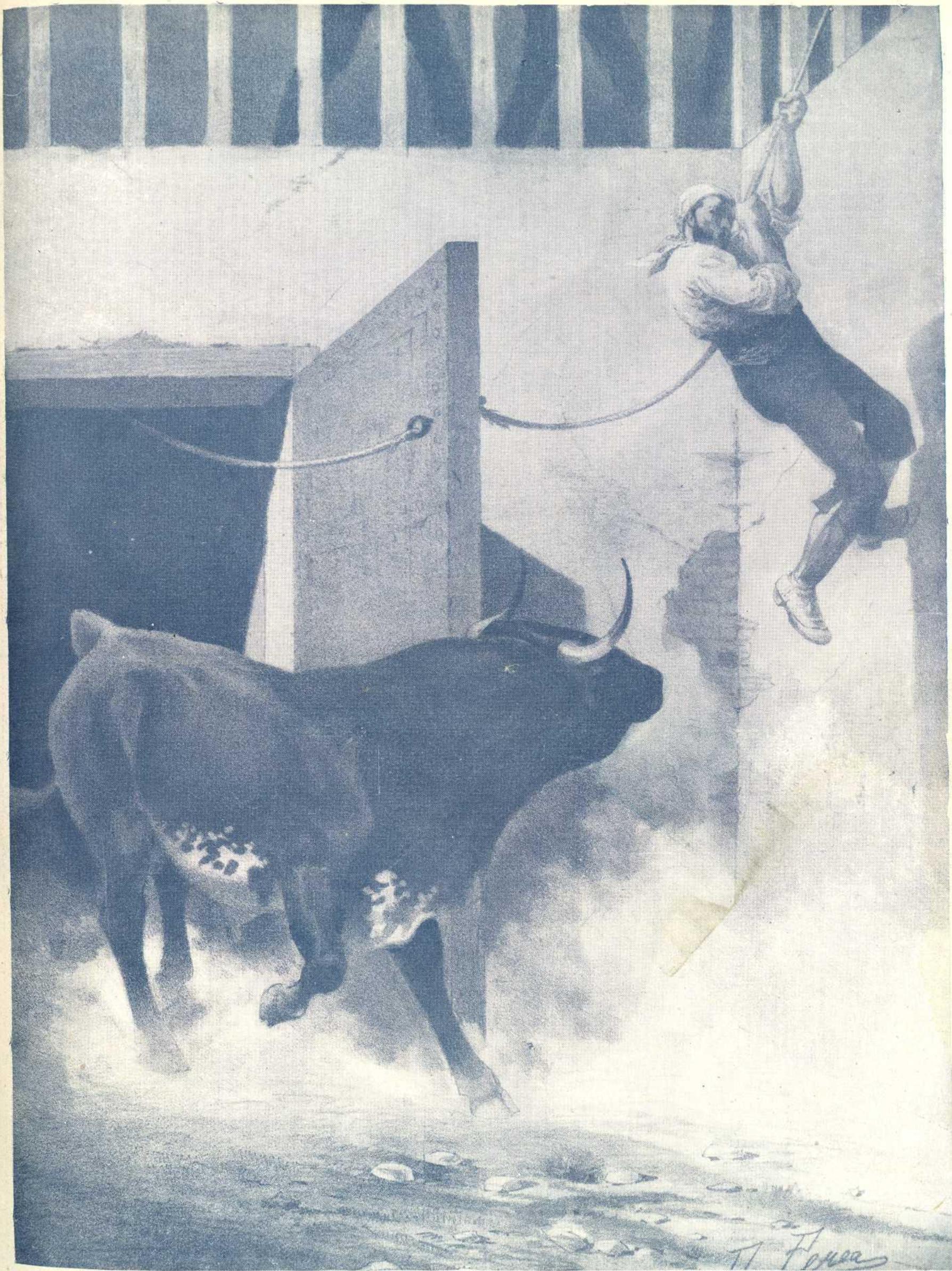
Una gran tarde de MARIO CABRÉ

CHICUELO hizo una buena faena



Reproducimos en esta página varios momentos gráficos de la corrida del martes en Barcelona, en la que tan resonante triunfo obtuvieron Mario Cabré y el mejicano Carlos Arruza, que se presentaba en la Plaza de la capital de Cataluña. Chicuelo toreó bien de muleta a su primer toro.—De izquierda a derecha: Un farol de rodillas de Arruza, Cabré en un gran pase de rodillas, Chicuelo toreando de capa; el mismo diestro en un pase natural, Arruza en un muletazo con la izquierda; el diestro mejicano en un molinete con ambas rodillas en tierra. Un derechazo de Arruza, Cabré rematando un quite, Arruza banderilleando, Cabré y Arruza matando sus toros. (Fotos Vallis.)





Situación comprometida

(Dibujo de Ferras.)

He aquí el

BÉNÉDICTINE



En

VERANO EL REFRESCO IDEAL, CON HIELO PICADO y AGUA FRIA

RECHAZAD TODAS LAS IMITACIONES

DEPÓSITO: PASAJES • GUIPÚZCOA •